

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



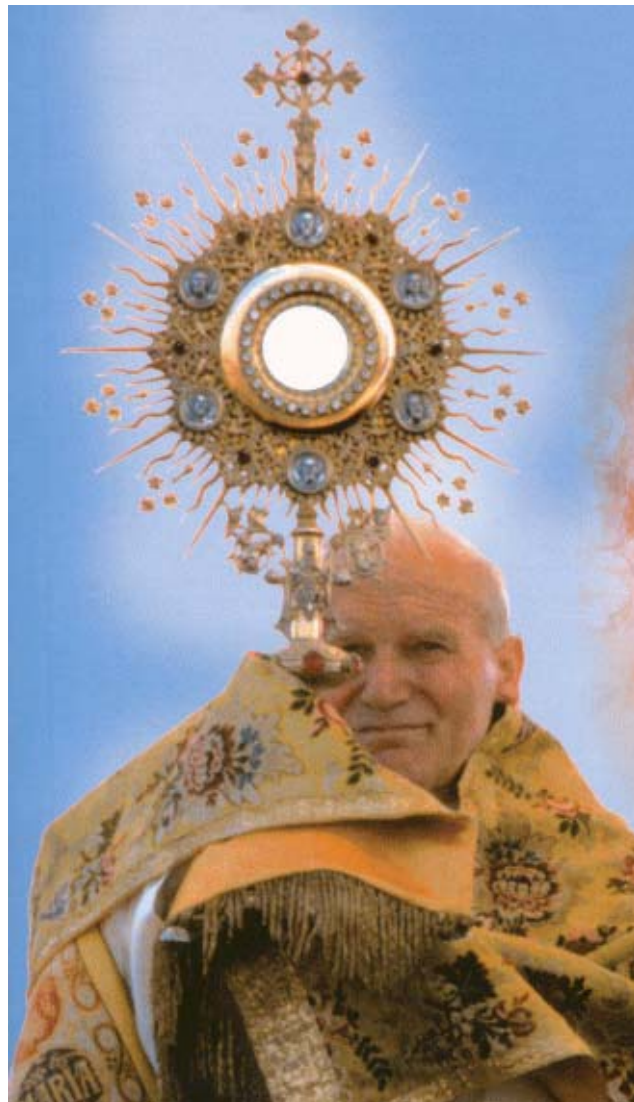
Este es el Año de la Eucaristía
del Señor

Carta apostólica
de Juan Pablo II
para el Año de
la Eucaristía

Capuchinos
misioneros en
Filipinas y Guam

Santa
Teresita del
Niño Jesús,
patrona del
Apostolado
de la Oración

Octubre, mes
del Rosario



«En este *Año de la Eucaristía* los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo.»

Sumario

Carta apostólica <i>Mane nobiscum Domine</i> para el Año de la Eucaristía	3
Capuchinos misioneros en Filipinas y Guam <i>Fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.</i>	11
Monseñor Carlos Felipe Belo, la voz de un pueblo sin voz <i>Nicolás Echave, SDB</i>	14
María, esperanza de África <i>Claude Mouton-Raimbault</i>	18
La fuerza de la cruz en Birmania <i>Jorge Soley Climent</i>	20
Santa Teresita del Niño Jesús, patrona del Apostolado de la Oración <i>José M^a Petit Sullá</i>	21
«No se construye una sociedad amputando previamente sus raíces» <i>Anselmo Álvarez Navarrete, OSB</i>	22
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XVI). Monseñor Juan José Languet releva al padre Galliffet en la difusión de la devoción al Corazón de Jesús en Francia <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	24
El corazón humano en la Biblia y el Corazón de Jesús <i>P. Juan Rodolfo Kars</i>	29
La Liga de san Pío V y Nuestra Señora del Rosario <i>José Luis Ganuza Cortina</i>	32
«El Santo Rosario, arma poderosa contra el laicismo». Pastoral del obispo mártir <i>Manuel Irurita Almándo</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	37
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	38
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	40
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	42
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	43
Hace 60 años <i>J. M.^a P. S.</i>	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Augusta Gràfics, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

JUSTO en el corazón del Año del Rosario –17 de abril de 2003– el papa Juan Pablo II promulgó la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, centrada en la relación vital e inseparable de la Iglesia con el misterio de la Eucaristía.

En fecha tan significativa en la historia del Rosario, como es el 7 de octubre, el mismo pontífice nos ha invitado ahora a celebrar el Año de la Eucaristía, que ha de ser una culminación a modo de síntesis en la contemplación del rostro de Cristo. Lo que caracteriza el contenido de la presente carta es el fomentar la conciencia viva de la presencia real de Cristo, fijándose particularmente en la adoración eucarística fuera de la misa. El papa nos invita a postrarnos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos, e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo. Invitamos a los lectores de la revista a leer este documento pontificio de tanta actualidad, especialmente para los verdaderos devotos del Corazón de Jesús.

Queremos también llamar la atención sobre la presencia de la Iglesia en lugares lejanos de nuestra Europa, donde en medio de dificultades, generalmente políticas, la Iglesia católica se ha hecho presente con misioneros llenos de fe y de caridad en inhóspitas tierras, en lugares en los que ha sido muy cruenta la persecución religiosa. Un artículo de la revista nos invita a considerar en el seno de tanta persecución, la presencia de la Virgen en tierras africanas, que ha sido constante desde la primera evangelización. Bueno es recordar que las invasiones musulmanas constriñieron a los cristianos a una clandestinidad de trece siglos, en el curso de los cuales, usaron la fuerza para convertirlos al islam, añadiendo a tanto mal que los cristianos capturados en Europa y en Oriente Próximo, fueron tantos que el padre Dan cifra en un millón los cristianos sometidos a esclavitud. También para ellos María era la esperanza que les mantenía en su fe.

Proponemos de nuevo, en este mes de octubre, a la consideración de nuestros lectores la necesidad del rezo del Rosario, particularmente en el seno de la familia, única arma eficaz de la que disponemos para enfrentarnos al creciente laicismo, que nos amenaza por todas partes. María, auxilio de los cristianos, se muestra como la más adecuada tabla de salvación que algún santo no ha dudado en llamar «fácil». Sin duda, el Rosario, por su sencillez y profundidad, sigue siendo la mejor «arma» del cristiano.

CRISTIANDAD se complace también en reflexionar sobre el nombramiento de santa Teresita como patrona del Apostolado de la Oración. Siendo lo nuclear de esta asociación el Ofrecimiento de obras a Dios Padre en unión de su Hijo Jesucristo, es evidente que la Santa de Lisieux ha de ser considerada como modelo a seguir y a quien encomendarse en el cumplimiento de este ideal. Creemos muy firmemente que la necesaria renovación y profundización de este ideal sancionado por el Concilio Vaticano II ha de recibir, como venido de la Providencia, este patrocinio.

CARTA APOSTÓLICA

Mane nobiscum Domine

del Sumo Pontífice

JUAN PABLO II

al Episcopado, al Clero y a los fieles

para el Año de la Eucaristía

Octubre de 2004-Octubre de 2005

INTRODUCCIÓN

1. «Quédate con nosotros, Señor, porque atardece y el día va de caída» (cf. Lc 24,29). Ésta fue la invitación apremiante que, la tarde misma del día de la resurrección, los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús hicieron al Caminante que a lo largo del trayecto se había unido a ellos. Abrumados por tristes pensamientos, no se imaginaban que aquel desconocido fuera precisamente su Maestro, ya resucitado. No obstante, habían experimentado cómo «ardía» su corazón (cf. ibíd. 32) mientras él les hablaba «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra ablandaba la dureza de su corazón y «se les abrieron los ojos» (cf. ibíd. 31). Entre la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío que les embargaba, aquel Caminante era un rayo de luz que despertaba la esperanza y abría su espíritu al deseo de la plena luz. «Quédate con nosotros», suplicaron, y Él aceptó. Poco después el rostro de Jesús desaparecería, pero el Maestro se había quedado veladamente en el «pan partido», ante el cual se habían abierto sus ojos.

2. El icono de los discípulos de Emaús viene bien para orientar un Año en que la Iglesia estará dedicada especialmente a vivir el misterio de la Santísima Eucaristía. En el camino de nuestras dudas e inquietudes, y a veces de nuestras amargas desilusiones, el divino Caminante sigue haciéndose nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro llega a su plenitud, a la luz de la Palabra se añade la que brota del «Pan de vida», con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de «estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf. Mt 28,20).

3. La «fracción del pan» —como al principio se llamaba a la Eucaristía— ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia. Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos el misterio de su muerte y resurrección. En ella se le recibe a Él en persona, como «pan vivo que ha bajado del cielo» (Jn 6,51), y con Él se nos da la prenda de la vida eterna, merced a la cual se degusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste. Varias veces, y recientemente en

la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, siguiendo la enseñanza de los Padres, de los Concilios Ecuménicos y también de mis Predecesores, he invitado a la Iglesia a reflexionar sobre la Eucaristía. Por tanto, en este documento no pretendo repetir las enseñanzas ya expuestas, a las que me remito para que se profundicen y asimilen. No obstante, he considerado que sería de gran ayuda, precisamente para lograr este objetivo, un Año entero dedicado a este admirable Sacramento.

4. Como es sabido, el Año de la Eucaristía abarca desde octubre de 2004 a octubre de 2005. Dos acontecimientos me han brindado una ocasión propicia para esta iniciativa, y marcarán su comienzo y su final: el Congreso Eucarístico Internacional, en programa del 10 al 17 de octubre de 2004 en Guadalajara (México), y la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se tendrá en el Vaticano del 2 al 29 de octubre de 2005 sobre el tema «La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia». Otra consideración me ha inducido a dar este paso: durante este año se celebrará la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Colonia del 16 al 21 de agosto de 2005. La Eucaristía es el centro vital en torno al cual deseo que se reúnan los jóvenes para alimentar su fe y su entusiasmo. Ya desde hace tiempo pensaba en una iniciativa eucarística de este tipo. En efecto, la Eucaristía representa una etapa natural de la trayectoria pastoral que he marcado a la Iglesia, especialmente desde los años de preparación del Jubileo, y que he retomado en los años sucesivos.

5. En esta Carta apostólica me propongo subrayar la continuidad de dicha trayectoria, para que sea más fácil a todos comprender su alcance espiritual. Por lo que se refiere al desarrollo concreto del Año de la Eucaristía, cuento con la solicitud personal de los Pastores de las Iglesias particulares, a los cuales la devoción a tan gran Misterio inspirará diversas actividades. Además, mis Hermanos Obispos comprenderán fácilmente que esta iniciativa, al poco de concluir el Año del Rosario, se sitúa en un nivel espiritual tan profundo que en modo alguno interfiere

en los programas pastorales de cada Iglesia. Más aún, puede iluminarlos con provecho, anclándolos, por así decir, en el Misterio que es la raíz y el secreto de la vida espiritual tanto de los fieles, como de toda iniciativa eclesial. Por tanto, no pretendo interrumpir el «camino» pastoral que está siguiendo cada

Iglesia, sino acentuar en él la dimensión eucarística propia de toda la vida cristiana. Por mi parte, deseo ofrecer con esta Carta *algunas orientaciones de fondo*, confiando en que el Pueblo de Dios, en sus diferentes sectores, acoja mi propuesta con diligente docilidad y fervido amor.

I. EN LA LÍNEA DEL CONCILIO Y DEL JUBILEO

Con la mirada puesta en Cristo

6. Hace diez años, con la *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), tuve el gozo de indicar a la Iglesia el camino de preparación para el *Gran Jubileo del Año 2000*. Consideré que esta ocasión histórica se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así un panorama que, junto con perspectivas alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba muy convencido —y lo estoy todavía, ¡más que nunca!— de trabajar «a largo plazo» para la humanidad.

En efecto, Cristo no sólo es el centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad. Todo se recapitula en Él (cf. Ef 1,10; Col 1,15-20). Hemos de recordar el vigor con el cual el Concilio Ecuménico Vaticano II, citando al Papa Pablo VI, afirmó que Cristo «es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones». ¹ La enseñanza del Concilio profundizó en el conocimiento de la naturaleza de la Iglesia, abriendo el ánimo de los creyentes a una mejor comprensión, tanto de los misterios de la fe como de las realidades terrenas a la luz de Cristo. En Él, Verbo hecho carne, se revela no sólo el misterio de Dios, sino también el misterio del hombre mismo. ² En Él, el hombre encuentra redención y plenitud.

7. Al inicio de mi Pontificado, en la Encíclica *Redemptor hominis*, expuse ampliamente esta temática que he retomado en otras ocasiones. El Jubileo fue el momento propicio para llamar la atención de

los creyentes sobre esta verdad fundamental. La preparación de aquel gran acontecimiento fue totalmente trinitaria y cristocéntrica. En dicho planteamiento no se podía olvidar la Eucaristía. Al disponernos hoy a celebrar un Año de la Eucaristía, me es grato recordar que ya en la *Tertio millennio adveniente* escribí: «El Dos mil será un año intensamente eucarístico: en el *sacramento de la Eucaristía* el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina». ³ El Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Roma concretó este aspecto del Gran Jubileo. Vale la pena recordar también que, en plena preparación del Jubileo, en la Carta apostólica *Dies Domini* propuse a la consideración de los creyentes el tema del «Domingo» como día del Señor resucitado y día especial de la Iglesia. Invité entonces a todos a redescubrir el corazón del domingo en la Celebración eucarística. ⁴

Contemplar con María el rostro de Cristo

8. La herencia del Gran Jubileo se recogió en cierto modo en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este documento de carácter programático sugerí una perspectiva de compromiso pastoral basado en la contemplación del rostro de Cristo, en el marco de una pedagogía eclesial capaz de aspirar a un «alto grado» de santidad, al que se llega especialmente mediante el arte de la oración. ⁵ Tampoco podía faltar en esta perspectiva el compromiso litúrgico y, de modo particular, *la atención a la vida eucarística*. Escribí entonces: «En el siglo xx, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana». ⁶ En el contexto de la educación a la oración, invité también a cultivar la Liturgia de las

3. N. 55: AAS 87 (1995), 38.

4. Cf. n.32-34: AAS 90 (1998), 732-734.

5. Cf. n.30-32: AAS 93 (2001), 287-289.

6. *Ibid.*, 35: *l.c.*, 290-291.

1. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 45.

2. Cf. *ibid.*, 22.

Horas, con la que la Iglesia santifica el curso del día y la sucesión del tiempo en la articulación propia del año litúrgico.

9. Posteriormente, con la convocatoria del Año del Rosario y la publicación de la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, mediante la reiterada propuesta del Rosario, volví a proponer la contemplación del rostro de Cristo *desde la perspectiva mariana*. Efectivamente, esta oración tradicional, tan recomendada por el Magisterio y tan arraigada en el Pueblo de Dios, tiene un carácter marcadamente bíblico y evangélico, centrado sobre todo en el nombre y el rostro de Jesús, contemplando sus misterios y repitiendo las avemarías. Su ritmo repetitivo es *una especie de pedagogía del amor*, orientada a promover el mismo amor que María tiene por su Hijo. Por eso, madurando ulteriormente un itinerario multiseccular, he querido que esta forma privilegiada de contemplación completara su estructura de verdadero «compendio del Evangelio», integrando en ella los misterios de la luz.⁷ Y, ¿no corresponde a la Santísima Eucaristía estar en el vértice de los misterios de luz?

II. LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE LUZ

«Les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24,27)

11. El relato de la aparición de Jesús resucitado a los dos discípulos de Emaús nos ayuda a enfocar un primer aspecto del misterio eucarístico que nunca debe faltar en la devoción del Pueblo de Dios: *¡La Eucaristía misterio de luz!* ¿En qué sentido puede decirse esto y qué implica para la espiritualidad y la vida cristiana?

Jesús se presentó a sí mismo como la «luz del mundo» (Jn 8,12), y esta característica resulta evidente en aquellos momentos de su vida, como la Transfiguración y la Resurrección, en los que resplandece claramente su gloria divina. En la Eucaristía, sin embargo, la gloria de Cristo está velada. El Sacramento eucarístico es un «*mysterium fidei*» por excelencia. Pero, precisamente a través del misterio de su ocultamiento total, Cristo se convierte en misterio de luz, gracias al cual se introduce al creyente en las profundidades de la vida divina. En una feliz intuición, el célebre icono de la Trinidad de Rublëv pone la Eucaristía de manera significativa en el centro de la vida trinitaria.

12. La Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la

Del Año del Rosario al Año de la Eucaristía

10. Justo en el corazón del *Año del Rosario* promulgué la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, en la cual ilustré el misterio de la Eucaristía en su relación inseparable y vital con la Iglesia. Exhorté a todos a celebrar el Sacrificio eucarístico con el esmero que se merece, dando a Jesús presente en la Eucaristía, incluso fuera de la Misa, un culto de adoración digno de un Misterio tan grande. Recordé sobre todo la exigencia de una espiritualidad eucarística, presentando el modelo de María como «mujer eucarística».⁸

El Año de la Eucaristía tiene, pues, un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de *culminación de todo el camino recorrido*. Podrían decirse muchas cosas para vivir bien este Año. Me limitaré a indicar algunas perspectivas que pueden ayudar a que todos adopten actitudes claras y fecundas.

liturgia eucarística, en la unidad de las dos «mesas», la de la Palabra y la del Pan. Esta continuidad aparece en el discurso eucarístico del Evangelio de Juan, donde el anuncio de Jesús pasa de la presentación fundamental de su misterio a la declaración de la dimensión propiamente eucarística: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6,55). Sabemos que esto fue lo que puso en crisis a gran parte de los oyentes, llevando a Pedro a hacerse portavoz de la fe de los otros Apóstoles y de la Iglesia de todos los tiempos: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68). En la narración de los discípulos de Emaús Cristo mismo interviene para enseñar, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas», cómo «toda la Escritura» lleva al misterio de su persona (cf. Lc 24,27). Sus palabras hacen «arder» los corazones de los discípulos, los sacan de la oscuridad de la tristeza y desesperación y suscitan en ellos el deseo de permanecer con Él: «Quédate con nosotros, Señor» (cf. Lc 24,29).

13. Los Padres del Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, establecieron que la «mesa de la Palabra» abriera más ampliamente los tesoros de la Escritura a los fieles.⁹ Por

7. Cf. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), 19.21: AAS 95 (2003), 18-20.

8. Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.

9. Cf. n.51.

eso permitieron que la Celebración litúrgica, especialmente las lecturas bíblicas, se hiciera en una lengua conocida por todos. Es Cristo mismo quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura.¹⁰ Al mismo tiempo, recomendaron encarecidamente la homilía como parte de la Liturgia misma, destinada a ilustrar la Palabra de Dios y actualizarla para la vida cristiana.¹¹ Cuarenta años después del Concilio, el *Año de la Eucaristía* puede ser una buena ocasión para que las comunidades cristianas *hagan una revisión sobre este punto*. En efecto, no basta que los fragmentos bíblicos se proclamen en una lengua conocida si la proclamación no se hace con el cuidado, preparación previa, escucha devota y silencio meditativo, tan necesarios para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine.

«**Lo reconocieron al partir el pan**» (Lc 24,35)

14. Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la «fracción del pan». Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos «hablan». La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente.

Como he subrayado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, es importante que no se olvide ningún aspecto de este Sacramento. En efecto, el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad *es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio*. «La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones».¹²

15. No hay duda de que el aspecto más evidente de la Eucaristía es el de *banquete*. La Eucaristía nació la noche del Jueves Santo en el contexto de la cena pascual. Por tanto, conlleva en su estructura *el sentido del convite*: «Tomad, comed... Tomó luego una copa y... se la dio diciendo: Bebed de ella todos...» (Mt 26,26.27). Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

Sin embargo, no se puede olvidar que el banquete eucarístico tiene también un sentido profunda y primordialmente *sacrificial*.¹³ En él Cristo nos pre-

senta *el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota*. Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Santa Misa es su «memorial», como nos recuerda la Liturgia con la aclamación después de la consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...». Al mismo tiempo, mientras actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia. Este aspecto «escatológico» da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza.

«**Yo estoy con vosotros todos los días**» (Mt 28,20)

16. Todos estos aspectos de la Eucaristía confluyen en lo que más pone a prueba nuestra fe: *el misterio de la presencia «real»*. Junto con toda la tradición de la Iglesia, nosotros creemos que bajo las especies eucarísticas está realmente presente Jesús. Una presencia –como explicó muy claramente el Papa Pablo VI– que se llama «real» no por exclusión, como si las otras formas de presencia no fueran reales, sino por antonomasia, porque por medio de ella Cristo se hace sustancialmente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre.¹⁴ Por esto la fe nos pide que, ante la Eucaristía, seamos conscientes de que estamos ante Cristo mismo. Precisamente su presencia da a los diversos aspectos –banquete, memorial de la Pascua, anticipación escatológica– un alcance que va mucho más allá del puro simbolismo. La Eucaristía es misterio de presencia, a través del que se realiza de modo supremo la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el final del mundo.

Celebrar, adorar, contemplar

17. ¡Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser *celebrado bien*. Es necesario que la Santa Misa sea el centro de la vida cristiana y que en cada comunidad se haga lo posible por celebrarla decorosamente, según las normas establecidas, con la participación del pueblo, la colaboración de los diversos ministros en el ejercicio de las funciones previstas para ellos, y cuidando también el aspecto sacro que debe caracterizar la *música litúrgica*. Un objetivo concreto de este *Año de la Eucaristía* podría ser estudiar a fondo en cada comunidad

Sacramentum, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004), 38; *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 7.

14. Cf. Enc. *Mysterium fidei* (3 septiembre 1965), 39; AAS 57 (1965), 764; S. Congregación de Ritos, Instr. *Eucharisticum mysterium*, sobre el culto del misterio eucarístico (25 mayo 1967), 9; AAS 59 (1967), 547.

10. Cf. *ibíd.*, 7.

11. Cf. *ibíd.*, 52.

12. Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 10; AAS 95 (2003), 439.

13. Cf. *ibíd.*; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis*

parroquial la *Ordenación General del Misal Romano*. El modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación realizada a través de los «signos» es seguir con fidelidad el proceso del año litúrgico. Los Pastores deben dedicarse a la *catequesis «mistagógica»*, tan valorada por los Padres de la Iglesia, la cual ayuda a descubrir el sentido de los gestos y palabras de la Liturgia, orientando a los fieles a pasar de los signos al misterio y a centrar en él toda su vida.

18. Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, *la conciencia viva de la presencia real de Cristo*, tratando de testimoniarla con el tono de la voz, con los gestos, los movimientos y todo el modo de comportarse. A este respecto, las normas recuerdan –y yo mismo lo he recordado recientemente–¹⁵ el relieve que se debe dar a los momentos de silencio, tanto en la celebración como en la adoración eucarística. En una palabra, es necesario que la manera de tratar la Eucaristía por parte de los ministros y de los fieles exprese el máximo respeto.¹⁶ La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como *un polo de atracción* para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sin-

tiendo los latidos de su corazón. «¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!» (Sal 33 [34],9).

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo. Profundicemos nuestra contemplación personal y comunitaria en la adoración, con la ayuda de reflexiones y plegarias centradas siempre en la Palabra de Dios y en la experiencia de tantos místicos antiguos y recientes. El Rosario mismo, considerado en su sentido profundo, bíblico y cristocéntrico, que he recomendado en la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, puede ser una ayuda adecuada para la contemplación eucarística, hecha según la escuela de María y en su compañía.¹⁷

Que este año se viva con particular fervor la solemnidad del *Corpus Christi* con la tradicional procesión. Que la fe en Dios que, encarnándose, se hizo nuestro compañero de viaje, se proclame por doquier y particularmente por nuestras calles y en nuestras casas, como expresión de nuestro amor agradecido y fuente de inagotable bendición.

III. LA EUCARISTÍA, FUENTE Y EPIFANÍA DE COMUNIÓN

«*Permaneced en mí, y yo en vosotros*» (Jn 15,4)

19. Cuando los discípulos de Emaús le pidieron que se quedara «con» ellos, Jesús contestó con un don mucho mayor. Mediante el sacramento de la Eucaristía encontró el modo de quedarse «en» ellos. Recibir la Eucaristía es entrar en profunda comunión con Jesús. «Permaneced en mí, y yo en vosotros» (Jn 15,4). Esta relación de íntima y recíproca «permanencia» *nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra*. ¿No es quizás éste el mayor anhelo del hombre? ¿No es esto lo que Dios se ha propuesto realizando en la historia su designio de salvación? Él ha puesto en el corazón del hombre el «hambre» de su Palabra (cf. *Am* 8,11), un hambre que sólo se satisfará en la plena unión con Él. Se nos da la comunión eucarística para «saciarlos» de

Dios en esta tierra, a la espera de la plena satisfacción en el cielo.

Un solo pan, un solo cuerpo

20. Pero la especial intimidad que se da en la «comunión» eucarística no puede comprenderse adecuadamente ni experimentarse plenamente fuera de la comunión eclesial. Esto lo he subrayado repetidamente en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. La Iglesia es el cuerpo de Cristo: se camina «con Cristo» en la medida en que se está en relación «con su cuerpo». Para crear y fomentar esta unidad Cristo envía el Espíritu Santo. Y Él mismo la promueve mediante su presencia eucarística. En efecto, es precisamente el único Pan eucarístico el que nos hace un solo cuerpo. El apóstol Pablo lo afirma: «Un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Co 10,17). En el misterio eucarístico Jesús edifica la Iglesia como comunión, según el supremo modelo expresado en la oración sacerdotal: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21).

15. Cf. Mensaje *Spiritus et Sponsa*, en el XL aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia (4 diciembre 2003), 13: AAS 96 (2004), 425.

16. Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instr. *Redemptionis Sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía (25 marzo 2004): *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 30 abril 2004, 5-15.

17. Cf. *ibid.* 137: l.c., p.11.

21. La Eucaristía es fuente de la unidad eclesial y, a la vez, su máxima *manifestación*. La Eucaristía es *epifanía de comunión*. Por ello la Iglesia establece ciertas condiciones para poder participar de manera plena en la Celebración eucarística.¹⁸ Son exigencias que deben hacernos tomar conciencia cada vez más clara de *cuán exigente es la comunión que Jesús nos pide*. Es comunión *jerárquica*, basada en la conciencia de las distintas funciones y ministerios, recordada también continuamente en la plegaria eucarística al mencionar al Papa y al Obispo diocesano. Es comunión *fraterna*, cultivada por una «*espiritualidad de comunión*» que nos mueve a sentimientos recíprocos de apertura, afecto, comprensión y perdón.¹⁹

«*Un solo corazón y una sola alma*» (Hch 4,32)

22. En cada Santa Misa nos sentimos interpelados por el ideal de comunión que el libro de los Hechos de los Apóstoles presenta como modelo para la Iglesia de todos los tiempos. La Iglesia congregada alrededor de los Apóstoles, convocada por la Palabra de Dios, es capaz de compartir no sólo lo que concierne a los bienes espirituales, sino también los bienes materiales (cf. Hch 2,42-47; 4,32-35). En este *Año de la Eucaristía* el Señor nos invita a acercarnos lo más posible a este ideal. Que se vivan con particular intensidad los momentos ya sugeridos por la liturgia para la «Misa estacional», que el Obispo

celebra en la catedral con sus presbíteros y diáconos, y con la participación de todo el Pueblo de Dios. Ésta es la principal «manifestación» de la Iglesia.²⁰ Pero será bueno promover *otras ocasiones significativas* también en las parroquias, para que se acreciente el sentido de la comunión, encontrando en la Celebración eucarística un renovado fervor.

El Día del Señor

23. Es de desear vivamente que en este año se haga un especial esfuerzo por redescubrir y vivir plenamente el Domingo como día del Señor y día de la Iglesia. Sería motivo de satisfacción si se meditase de nuevo lo que ya escribí en la Carta apostólica *Dies Domini*. «En efecto, precisamente en la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. Jn 20,19). En aquel pequeño núcleo de discípulos, primicia de la Iglesia, estaba en cierto modo presente el Pueblo de Dios de todos los tiempos».²¹ Que los sacerdotes en su trabajo pastoral presten, durante este año de gracia, *una atención todavía mayor a la Misa dominical*, como celebración en la que los fieles de una parroquia se reúnen en comunidad, constatando cómo participan también ordinariamente los diversos grupos, movimientos y asociaciones presentes en la parroquia.

IV. LA EUCARISTÍA, PRINCIPIO Y PROYECTO DE «MISIÓN»

«*Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén*» (Lc 24,33)

24. Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, «se levantaron al momento» (Lc 24,33) para ir a comunicar lo que habían visto y oído. Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano *la exigencia de evangelizar y dar testimonio*. Lo subrayé precisamente en la

homilía en que anuncié el *Año de la Eucaristía*, refiriéndome a las palabras de Pablo: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamareis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (1Co 11,26). El Apóstol relaciona íntimamente el banquete y el anuncio: entrar en comunión con Cristo en el memorial de la Pascua significa experimentar al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado en el rito.²² La despedida al finalizar la Misa es como *una consigna* que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.

25. La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su *proyecto*. En efecto, la Eucaristía es un

18. Cf. Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 44: AAS 95 (2003), 462; *Código de Derecho Canónico*, can. 908; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 702; Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, *Directorium Oecumenicum* (25 marzo 1993), 122-125, 129-131: AAS 85 (1993), 1086-1089; Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Ad esequendam* (18 mayo 2001): AAS 93 (2001), 786.

19. Cf. Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43: AAS 93 (2001), 297.

20. Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 41.

21. N. 33: AAS 90 (1998), 733.

22. Cf. *Homilía en la solemnidad del «Corpus Christi»* (10 junio 2004), 1: *L'Osservatore Romano* ed. en lengua española, 18 junio 2004, p.3.

modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita. ¿Por qué no ver en esto la *consigna especial* que podría surgir del *Año de la Eucaristía*?

Acción de gracias

26. Un elemento fundamental de este «proyecto» aparece ya en el sentido mismo de la palabra «eucaristía»: acción de gracias. En Jesús, en su sacrificio, en su «sí» incondicional a la voluntad del Padre, está el «sí», el «gracias», el «amén» de toda la humanidad. La Iglesia está llamada a recordar a los hombres esta gran verdad. Es urgente hacerlo sobre todo en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre. Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive –en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida–, significa, además, testimoniar que *la realidad humana no se justifica sin referirla al Creador*: «Sin el Creador la criatura se diluye». ²³ Esta referencia trascendente, que nos obliga a un continuo «dar gracias» –justamente a una actitud eucarística– por todo lo que tenemos y somos, no perjudica la legítima autonomía de las realidades terrenas, ²⁴ sino que la sitúa en su auténtico fundamento, marcando al mismo tiempo sus propios límites.

En este *Año de la Eucaristía* los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta. La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con ocasión del Jubileo, esto no se debe a las «raíces cristianas», sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces. Quien aprende a decir «gracias» como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador.

El camino de la solidaridad

27. La Eucaristía no sólo es expresión de comu-

nión en la vida de la Iglesia; es también *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad. En la celebración eucarística la Iglesia renueva continuamente su conciencia de ser «signo e instrumento» no sólo de la íntima unión con Dios, sino también de la unidad de todo el género humano. ²⁵ La Misa, aun cuando se celebre de manera oculta o en lugares recónditos de la tierra, tiene siempre un carácter de universalidad. El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a ser *promotor de comunión, de paz y de solidaridad* en todas las circunstancias de la vida. La imagen lacerante de nuestro mundo, que ha comenzado el nuevo Milenio con el espectro del terrorismo y la tragedia de la guerra, interpela más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como *una gran escuela de paz*, donde se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión.

Al servicio de los últimos

28. Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el «lavatorio de los pies» (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. 1 Co 11,17-22.27-34).

¿Por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobreza de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los

23. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 36.

24. Cf. *ibíd.*

25. Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesi-

tados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.

CONCLUSIÓN

29. O Sacrum Convivium, in quo Christus sumitur!
El Año de la Eucaristía nace de la conmoción de la Iglesia ante este gran Misterio. Una conmoción que me embarga continuamente. De ella surgió la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Considero como una grande gracia del vigésimo séptimo año de ministerio petrino que estoy a punto de iniciar, el poder invitar ahora a toda la Iglesia a contemplar, alabar y adorar de manera especial este inefable Sacramento. Que el Año de la Eucaristía sea para todos una excelente ocasión para tomar conciencia del tesoro incomparable que Cristo ha confiado a su Iglesia. Que sea estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor, y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor.

En esta perspectiva se podrán realizar muchas iniciativas, según el criterio de los Pastores de las Iglesias particulares. A este respecto, la *Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos* ofrecerá propuestas y sugerencias útiles. Pero no pido que se hagan cosas extraordinarias, sino que todas las iniciativas se orienten a una mayor interioridad. Aunque el fruto de este Año fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas la *celebración de la Misa dominical* e incrementar la *adoración eucarística fuera de la Misa*, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo. No obstante, es bueno apuntar hacia arriba, sin conformarse con medidas mediocres, porque sabemos que podemos contar siempre con la ayuda de Dios.

30. A vosotros, queridos *Hermanos en el Episcopado*, os confío este Año, con la seguridad de que acogeréis mi invitación con todo vuestro ardor apostólico.

Vosotros, *sacerdotes*, que repetís cada día las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que se realiza en vuestras manos, dejaos interpelar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez, y haciendo oración frecuentemente ante el Sagrario.

Que sea un Año de gracia para vosotros, *diáconos*, entregados al ministerio de la Palabra y al servicio del Altar. También vosotros, *lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión*, tomad conciencia viva del don recibido con las funciones que se os han confiado para una celebración digna de la Eucaristía.

Me dirijo en particular a vosotros, *futuros sacer-*

dots: en la vida del Seminario tratad de experimentar la delicia, no sólo de participar cada día en la Santa Misa, sino también de dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía.

Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida.

Todos vosotros, *fieles*, descubrid nuevamente el don de la Eucaristía como luz y fuerza para vuestra vida cotidiana en el mundo, en el ejercicio de la respectiva profesión y en las más diversas situaciones. Descubridlo sobre todo para vivir plenamente la belleza y la misión de la *familia*.

En fin, espero mucho de vosotros, *jóvenes*, y os renuevo la cita en Colonia para la *Jornada Mundial de la Juventud*. El tema elegido –«Venimos a adorarle» (Mt 2,2)– es particularmente adecuado para sugeriros la actitud apropiada para vivir este año eucarístico. Llevad al encuentro con Jesús oculto bajo las especies eucarísticas todo el entusiasmo de vuestra edad, de vuestra esperanza, de vuestra capacidad de amar.

31. Tenemos ante nuestros ojos los ejemplos de los Santos, que han encontrado en la Eucaristía el alimento para su camino de perfección. Cuántas veces han derramado lágrimas de conmoción en la experiencia de tan gran misterio y han vivido indecibles horas de gozo «nupcial» ante el Sacramento del altar. Que nos ayude sobre todo la Santísima Virgen, que encarnó con toda su existencia la lógica de la Eucaristía. «La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio».²⁶ El Pan eucarístico que recibimos es la carne inmaculada del Hijo: «*Ave verum corpus natum de Maria Virgine*». Que en este Año de gracia, con la ayuda de María, la Iglesia reciba un nuevo impulso para su misión y reconozca cada vez más en la Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su vida.

Que llegue a todos, como portadora de gracia y gozo, mi Bendición.

Vaticano, 7 de octubre, memoria de Nuestra Señora del Rosario, del año 2004, vigésimo sexto de Pontificado.

26. Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), 53: AAS 95 (2003), 469.

Capuchinos misioneros en Filipinas y Guam

Fra VALENTÍ SERRA DE MANRESA, ofm cap.

LA historia de la presencia evangelizadora desarrollada por los misioneros capuchinos en las Islas Filipinas está estrechamente vinculada a la evangelización de las Islas Carolinas y Marianas, a partir del compromiso adquirido por el Gobierno español en el año 1886 de promover la civilización cristiana entre los moradores de dichos archipiélagos. Durante el año 1886 se estableció en Manila una casa-procura para atender las necesidades de los misioneros destinados a las Carolinas. Estas misiones, inicialmente, fueron confiadas al cuidado pastoral de los capuchinos del llamado distrito «Nullius» matritense, dirigido por Joaquín M. de Llavaneres (hermano del cardenal Vives i Tutó). Cuando se suprimió dicho distrito, creado para atender misionalmente los territorios coloniales hispanos, las presencias misioneras de Filipinas, Carolinas y Guam (Marianas) fueron confiadas a la Provincia capuchina de Cataluña (13 de agosto de 1907), y a partir de 1914 a los capuchinos de Navarra, dado que los capuchinos catalanes concentraron sus esfuerzos misionales en la Amazonia colombiana (Caquetá-Putumayo-Amazonas) en Guanacaste (Costa Rica) y en la costa atlántica nicaragüense (Bluefields).¹

Las misiones «ad gentes» desarrolladas por los misioneros capuchinos en las islas Carolinas, Filipinas y en Guam (Marianas),² a pesar de su complejidad y lejanía geográfica, fueron acogidas con gran entusiasmo y responsabilidad por los capuchinos de Cataluña, siempre ansiosos de alcanzar mayor proyección misionera en Ultramar; una proyección que organizó intrépidamente el padre Joaquín M. de Llavaneres con personal misionero, como se ha dicho, del distrito Nullius.

Cuando, en 1885, el papa León XIII —que a petición de Bismarck actuó, en calidad de mediador, en el conflicto por la posesión de las islas Carolinas— se inclinó a favor de la soberanía hispana de las citadas islas, el gobierno español, que no tenía otra po-

1. Cf. Valentí SERRA DE MANRESA, *Caputxins catalans a la costa atlàntica nicaragüenca: el Vicariat Apostòlic de Bluefields (1913-1943)*: «Analecta Sacra Tarraconensia» 74 (Barcelona 2001) pp. 497-520.

2. A propósito de la ubicación, y estadística, de estas misiones capuchinas en este período, véase Carolus STREIT, *Atlas Hierarchicus. Descriptio geographica et statistica S.R.E. tum Occidentis tum Orientis iuxta statum praesentem*, Paderbonae 1913.

DICCIONARIO HISPANO-KANAKA

Ó SEA

MODESTA COLECCIÓN

DE LAS VOCES MÁS USUALES Y CONOCIDAS DE ESTA LENGUA

DE LA ASCENSIÓN Ó PONAPÉ

É ISLAS INMEDIATAS

(CAROLINAS ORIENTALES)

YA PRECEDIDO DE ALGUNAS REGLAS GRAMATICALES, PARA SU MEJOR USO É INTELIGENCIA, TERMINANDO CON UNA BUENA COLECCIÓN DE LAS FRASES MÁS COMUNES Y QUE COMPRENDEN LOS PUNTOS MÁS INTERESANTES

POR UN PADRE CAPUCHINO

MISIONERO DE AQUELLAS ISLAS



TAMBOBONG

PEQUEÑA IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

sibilidad de ocupación que a través de misioneros, ofreció a los frailes capuchinos la gestión de esta nueva y lejana misión en Oceanía. El padre Joaquín M. de Llavaneres aceptó en 1886 la petición efectuada por la Reina Regente y envió una primera expedición integrada por doce misioneros que partieron de Barcelona el primero de abril de 1886 y llegó a Yap (capital de las Carolinas Occidentales) el 29 de junio de 1886. A Ponapé (capital de las Carolinas Orientales) no llegarían hasta el 14 de marzo de 1887. Estos misioneros hicieron toda la travesía del Mediterráneo en compañía de los reverendos Jacint Verdaguer y Jaume Almera, tal como lo explica el Príncipe de los poetas catalanes en el *Dietari d'un pelegrí a Terra Santa*.

Unos años más tarde, en 1891, salía del puerto de Barcelona una segunda expedición, integrada por siete misioneros, y en enero de 1893 hubo una tercera expedición formada por diez capuchinos (seis sacerdotes y cuatro hermanos), con un último envío de misioneros, aún, en julio de 1896, formada por

16 religiosos (ocho sacerdotes y ocho hermanos). Todos estos misioneros capuchinos trabajaron pastoralmente en las Carolinas Orientales, principalmente, donde edificaron cuatro centros misioneros con otras tantas iglesias y diez escuelas, y también en las Carolinas Occidentales (con capital en Yap), donde levantaron siete centros misioneros, con iglesia y escuela. Estadísticamente, consta que en 1886 había en las islas Carolinas unos 40.000 habitantes, con una cifra muy baja de católicos que, en 1904, al retirarse los misioneros hispanos de las Carolinas, ascendían a 10.493. Antes de esta fecha, en 1899, las islas Carolinas habían sido vendidas por el Gobierno español a Alemania, pero la gestión pastoral de estas misiones estuvo a cargo, hasta 1904, de los capuchinos hispanos del distrito «Nullius Matritense». ³ Finalmente, en 1904, finalizado totalmente el conflicto armado, se hizo el traspaso de la misión a los capuchinos de la Provincia Renano-Westfalia. ⁴ Ante esta nueva circunstancia, los misioneros hispanos optaron por establecerse en Manila o regresar a España.

Los primeros capuchinos catalanes que trabajaron pastoralmente en las Carolinas Orientales ⁵ fueron el padre Melcior de Girona, llegado en 1891, y el padre Bernat de Sarrià de Ter, que llegó en 1893, autor del *Devocionario Kanaka*. ⁶ El padre Joan de Barcelona ⁷ fue destinado allí en 1896, y el último en ser enviado fue el padre Marià de Olot, que se esta-

3. «Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII acaba de disponer, por cablegrama dirigido al Arzobispo de Manila, de lo cual se ha dado telegráficamente, desde Roma, conocimiento al Rmo. P. Fr. Joaquín de Llevaneras, que a pesar de haber cesado la soberanía de España en las islas Carolinas y Palaos, cedidas por el Gobierno español a los alemanes, continúen encargados de aquellas misiones los religiosos capuchinos españoles de ultramar»; cf. *El Adalid Seráfico* I (Sevilla 1900) p. 78.

4. «La S. C. de Propaganda [Fide], con fecha de 7 de noviembre último [1904], ha encomendado las Misiones de las islas Carolinas Orientales de Ponapé a la Provincia [Capuchina] de Westfalia, nombrando superior eclesiástico de la Misión al Rdo. P. Venancio Prechtal»; cf. *El Mensajero Seráfico* XXII (Madrid 1905) p. 53.

5. Cf. la relación redactada por BERNAT DE SARRIÀ, *Missio Carolinarum Orientalium*, (Ponapé, 15 abril 1896), en *Analecta OFM Cap.* 12 (Roma 1896) pp. 305-307.

6. Cf. *Devocionario Kanaka. Te puk me pataki tiak in choulang katen kan me P. Bernardo de Sarrià inting ier ong choulang men Ponapé kan*, Manila 1897; devocionario escrito íntegramente en la lengua de Ponapé (Carolinias Orientales).

7. Cf. *El Sarriánés*, (Sarrià, 18 julio 1896): «Con destino a reforzar las misiones de ambas Carolinas Orientales y Occidentales e islas Palaos [...] y la Procuración general de Manila, se han embarcado a las dos de la tarde de hoy en el vapor transatlántico *Isla de Panay* los Padres Capuchinos [...] Juan de Barcelona», etc.

bleció allí en 1901. Hay que advertir que estas misiones de las islas Carolinas, Marianas y Filipinas fueron gestionadas por los capuchinos catalanes durante muy poco tiempo, ⁸ y con poca eficacia, ya fuera por las diversas dificultades derivadas del contexto internacional, ⁹ ya fuera por la propia crisis hispana llamada del 98, y también por las consecuencias de la guerra civil de las Filipinas de 1902 y, sobre todo, por la ocupación militar de las islas Carolinas y Marianas por los alemanes, ¹⁰ en 1900. Este hecho ocasionaría, finalmente, como ya se ha dicho, el traspaso de estas misiones a los capuchinos germanos.

Antes de la estructuración definitiva de estas misiones ya habían trabajado en el vasto territorio de la misión capuchina de las islas Carolinas, y con notable esfuerzo, el padre Joan de Barcelona (durante los años 1896-1902) y fray Benet d'Aspà (en los años 1886-1903). Igualmente, en la isla de Guam (la más importante de las islas Marianas), que a partir de 1898 pasó del dominio español a la soberanía estadounidense, trabajaron pastoralmente (con gran dedicación aunque fugazmente), a partir de la estructuración como vicariato apostólico el día 1 de marzo de 1911, que fue confiado a la Provincia de capuchinos de Cataluña, Francesc-Xavier Vilà i Mateu (el primer vicario apostólico) y los misioneros Tomàs de Barcelona, Manuel de Barcelona, Bernabé de Vilaller, durante los años 1912-1913 y, después, los padres Ezequiel de Mataró y Didac de Barcelona, en los años 1913-1915 y, por muy poco tiempo, el obispo Agustí Bernaus, que fue allí en noviembre de 1913, como nuevo vicario apostólico de Guam, en sustitución de monseñor Vilà i Mateu, que murió en Agaña, un año después de haber llega-

8. Cf. AMBROSIO DE VALENCINA, *Mi viaje a Oceanía. Historia de la fundación de las Misiones Capuchinas en las Islas Carolinas y Palaos*, Sevilla 1898.

9. «El año 1902 fue verdaderamente un año de prueba para los misioneros de Carolinas y para la procura de Manila. Desde que estalló la guerra contra España, los misioneros quedaron completamente abandonados en medio de los mares, con muy pocas provisiones, con mucho peligro de ser aniquilados por los nativos y con gran dificultad de comunicarse con el mundo exterior»; (BIENVENIDO DE ARBEIZA, *Reseña histórica de los capuchinos en Filipinas*, Pamplona 1969, p. 84).

10. «Los alemanes tomaron posesión de la isla de Yap, una del grupo [de las Carolinas], el 12 de octubre [1899]. En 3 de noviembre ocuparon la isla de Seipán [de las Marianas], y el 16 del mismo mes se establecieron en la isla de Ponapé. Toda la guarnición alemana en cada isla se reduce a quince hombres de tropa y un gobernador. No es pues de extrañar que los españoles allí residentes teman que los naturales hagan el mejor día algún desaguisado, y den al traste con la diminuta guarnición alemana»; cf. *El Mensajero Seráfico* XVII (Madrid 1900) p. 49.

MI VIAJE A OCEANIA

HISTORIA

DE LA

Fundación de las Misiones Capuchinas

EN LAS

Islas Carolinas y Palaos

POR EL

M. R. S. Fr. Ambrosio de Valencina

Exprovincial de la de Andalucía

Cuarta edición



SEVILLA

Imp. de la Divina Pastora

1922

do a las Marianas. Agustí Bernaus permaneció en Guam hasta que recibió el nombramiento de vicario apostólico de Bluefields (situado en la costa atlántica nicaragüense), entidad eclesiástica creada en diciembre de aquel mismo año,¹¹ hasta que traspasó el *ius commissionis* de esta misión de las islas Marianas, en octubre de 1914, a los capuchinos navarros, porque hacía meses que monseñor Bernaus había manifestado la voluntad de partir, cuanto antes, hacia el nuevo vicariato de Bluefields y dejar definitivamente la misión de Guam en manos de los frailes capuchinos navarros.

A todos los problemas citados anteriormente, que afectaron a la gestión eficaz de las misiones de Ultramar, hay que añadir la dificultad para obtener personal misionero, especialmente a partir de 1914, cuando la Provincia de Cataluña debió hacerse cargo del Vicariato apostólico de Bluefields (Nicaragua); hecho que obligó a los capuchinos catalanes a traspasar, primero, la misión de Guam, en octubre de 1914 y, poco después, las presencias misioneras que habían establecido en Filipinas —de las que cuidaban desde el año 1907, a raíz de la supresión del distrito «Nullius»— a los capuchinos navarros durante el febrero de 1915. Como consecuencia de este traspaso se había previsto el traslado inmediato de algunos misioneros catalanes de las Filipinas al

vicariato de Bluefields, pero por diversas circunstancias, y por indicación de la Curia generalicia de los capuchinos, este traslado se retrasaría todavía una temporada.

Hay que decir que, entre los años 1909 y 1915, durante el tiempo en que los capuchinos catalanes gestionaron la misión de Filipinas, muy vinculada a la misión de las Carolinas, trabajaron allí los siguientes sacerdotes misioneros: Pere de Salo que, una vez nombrado superior de la misión, llegó a Filipinas a finales del año 1910; Just de Sant Martí Vell, Marcel·lí de Salt, Bonaventura de Barcelona, Gabriel de Tarragona, Remigi de Papiol, Bonaventura de Montferri (o de Puigtinyós), Bernabé de Vilaller, Manuel M. de Barcelona, Agustí de Barcelona y Salvador de Solsona,¹² y, finalmente, los legos Cebrià de Terrassa i Roc de Font-la-Figuera. Al efectuarse el traspaso de la misión filipina a los capuchinos de Navarra, permanecieron todavía un tiempo allí los padres Pere de Salo, Bernabé de Vilaller, Manuel M. de Barcelona y Salvador de Solsona. La presencia capuchina en Filipinas había empezado en Manila en el año 1886, y la ciudad habría de convertirse en un importante centro de culto cuando, el 24 de septiembre de 1898, fue abierto el santuario dedicado a la Virgen de Lourdes. Al no disponer de suficiente personal, los capuchinos de Cataluña traspasaron en 1913, tal como había ocurrido con la misión de Guam, las casas de Filipinas a los capuchinos de la provincia de Navarra, que enviaron una primera expedición de misioneros (siete sacerdotes y cinco hermanos), que llegaron a Manila en febrero de 1915. Inicialmente, la tarea apostólica se redujo, básicamente, a la diócesis de Manila, donde se hicieron cargo del cuidado pastoral de diversas parroquias, lo cual exigió el aprendizaje de las lenguas inglesa y tagala. Ya en tiempos de los capuchinos navarros la acción pastoral y evangelizadora se extendió a la diócesis de Lingayén, y esto comportó nuevas dificultades idiomáticas, porque los misioneros debieron aprender la lengua panganisan que se hablaba allí.

Los franciscanos capuchinos, siguiendo la expresa voluntad de su fundador, san Francisco de Asís, han reconocido siempre su carisma apostólico y misionero, aportando su esforzada colaboración en la labor evangelizadora de la Iglesia, especialmente en los lugares más lejanos e inhóspitos como, a final del siglo XIX, lo eran los archipiélagos de Oceanía.

12. «El día 5 del mismo mes de febrero [1913] en el vapor *Legazpi* se embarcaron para Manila (Filipinas) los PP. Agustín de Barcelona y Salvador de Solsona»; cf. *El Apostolado Franciscano 5* (Palma de Mallorca 1913) p. 47.

11. Cf. *Lexicon Capuccinum*, Roma 1951, cols. 231-232.

Monseñor Carlos Felipe Belo, la voz de un pueblo sin voz

NICOLÁS ECHAVE, SDB

El territorio de Timor Oriental ha obtenido la independencia frente al terror provocado por Indonesia, merced a la tarea de denuncia y reconciliación protagonizada por monseñor Carlos Ximenes Belo, administrador apostólico de Dili, Premio Nobel de la Paz en 1996.

La renuncia de monseñor Belo

EL boletín *Lian Timor* de diciembre de 2002 (Noticias de Timor), publicaba la siguiente reseña: «Monseñor Carlos Felipe Ximenes Belo, obispo titular de Lorium y administrador apostólico de Dili, presenta su renuncia a este segundo cargo ante la Santa Sede». La petición era debida a motivos de salud y a la necesidad de un dilatado período para su recuperación.

El nombre de monseñor Carlos Felipe Ximenes Belo, obispo de Dili, había obtenido celebridad internacional, años antes, cuando el 10 de diciembre de 1996 obtenía en Oslo, ante los reyes de Noruega, los miembros del Comité noruego del Nobel, miembros del Parlamento, el cuerpo diplomático y muchísimos invitados, la distinción del Premio Nobel de la Paz, junto al líder independentista de Timor Oriental José Ramos Horta.

¿Quién era monseñor Belo?

CARLOS Felipe Ximenes Belo nació en 1948 en Baucau (Timor Oriental, entonces colonia portuguesa) pocos años después de que los japoneses invadiesen la isla y arremetieran contra la población. El propio padre del futuro obispo murió prematuramente a consecuencia de las palizas recibidas por los invasores, por haber protegido a oficiales portugueses y australianos. La madre tuvo que sacar adelante a su numerosa familia en un país empobrecido y diezmado.

«Un chico silencioso y tímido»

Así lo definió su amigo el padre jesuita José Luis Rodríguez, quien lo conoció cuando éste era un es-

tudiante adolescente que se planteaba su vocación religiosa. He aquí su testimonio:

«Lo conocí cuando tenía 14 años. Entró al colegio pre-seminario de San Francisco Javier, en Dili, situado junto al seminario menor, donde yo era, en 1962, profesor y padre espiritual de los seminaristas. La primera vez que lo vi fue llorando. Una tarde, al entrar en el colegio, me encontré al seminarista Antonio, y a su hermano Carlos llorando en un rincón. Acababan de recibir la noticia del fallecimiento de su hermano Fernando, muerto repentinamente a la edad de 22 años. Aquella imagen no se borrará nunca de mi mente.

»Al año siguiente, Carlos ingresó en el seminario de Nuestra Señora de Fátima, donde cursó cinco años. Yo fui su profesor de inglés, latín, y su director espiritual. El seminarista Carlos era aparentemente un alumno normal; no destacaba sobre los demás quizás por su carácter silencioso y un tanto tímido. Chico sencillo, estudioso, responsable, con la sonrisa siempre en los labios. Aunque no parecía un líder, llegó a gozar de gran aprecio e influencia entre sus compañeros. Sus notas eran excelentes, pero nunca hacía alarde de su talento.

»Su familia era pobre y su madre quedó viuda con seis hijos cuando Carlos tenía pocos años. En el seminario, todos tenían que pagar una pequeña pensión y comprar libros, ropa, etc. Al darme cuenta de su necesidad, le busqué un bienhechor: don Pedro Oti Orosquieta, de Bilbao, el cual le subvencionó todos los gastos del seminario con la esperanza de que un día llegara a ser un buen sacerdote en Timor.

»Carlos siempre fue un entusiasta devoto de san Francisco Javier, que había evangelizado aquellas islas hace más de 500 años. Un día me propuso el deseo de ser jesuita. Le gustaba la espiritualidad ignaciana. Me vi en un pequeño conflicto...

»... El obispo de Dili, don Jaime, del clero secular de Portugal, había encomendado la dirección del seminario a la Compañía de Jesús. Esta decisión no agradó a su clero diocesano: los jesuitas echarían el gancho a los mejores seminaristas y la diócesis los perdería, decían los curas seculares....

»... Como Carlos tenía vocación, le insinué que pensase en los salesianos, que eran los que dirigían su parroquia, y lo conocían bien. Trató su vocación



con ellos y, en 1969, vino a Portugal ingresando en el noviciado salesiano de Estoril...».

Carlos Ximenes Belo, salesiano, fue ordenado sacerdote en 1980 en Lisboa.

La Revolución de los Claveles

CÓMO había surgido, entre tanto, el conflicto de Timor Este? El Timor Oriental es una isla del archipiélago de la Sonda, ubicada a pocos kilómetros de Australia. La isla tiene una larga historia de catolicismo. Tras la llegada del navegante portugués Vasco de Gama, pasó al control portugués y fue evangelizada por los dominicos. En los años cincuenta, la expulsión de muchos misioneros de las repúblicas socialistas del área asiática, permitió disponer de una inesperada abundancia de personal religioso en regiones menos hostiles como Timor Este.

En 1974, tras la Revolución de los Claveles en Portugal, cayó el régimen colonial y Timor Este disfrutó unas semanas de independencia. Hasta que, de pronto, el régimen militar indonesio de Suharto, con la excusa de una posible revolución marxista en Timor, y con el apoyo de Kissinger y Australia (interesada en explotar los riquísimos yacimientos marinos de crudo de la zona), lanzó una ofensiva, conocida como Operación Cómodo, y se anexionó Timor, ante la indiferencia de la comunidad internacional.

En los primeros tres años de la invasión indonesia (1975-1978), el ejército acabó con la vida de más de 200.000 timorenes.

El entonces administrador apostólico de Dili, monseñor Martinho da Costa, fue uno de los pocos que levantó la voz para denunciar los atropellos co-

metidos por los invasores. Indonesia, país islámico acreditado como uno de los más tolerantes con los católicos, gestionó ante la Santa Sede que el molesto Martinho fuese removido de la diócesis. La Santa Sede procedió a ello, entre otras cosas, al constatar que Martinho, de 65 años, parecía estar al borde de una crisis nerviosa por las tensiones a que estaba sometido, y Juan Pablo II nombró como sucesor a Ximenes Belo, que entonces tenía 35 años.

¿Sería un obispo joven y sin experiencia un juguete en manos de Yakarta?

Un obispo demasiado joven

Eso pensaron todos cuando Carlos Belo, en 1983, fue nombrado administrador apostólico de Dili, sustituyendo al popular Martinho da Costa. Todos creyeron que aquel joven de 35 años, sin experiencia, sería el que aceptase las ideas y posturas de los invasores indonesios. También lo pensaron los curas de Timor, que al principio no aceptaron su nombramiento. Pero pronto Belo subió a los púlpitos de toda la isla reclamando los derechos humanos y la libertad de las personas. Escribió a medio mundo en protesta por las masacres y atrocidades de los invasores. Los indonesios se dieron cuenta de que aquel cura sencillo y humilde no era un juguete a su disposición. Pronto pasaría a revelarse como uno de los mayores valedores de los timorenes, promoviendo al mismo tiempo una salida política al conflicto con el llamamiento a la paz y la reconciliación, lo que le valió, entre otras cosas, la concesión del Premio Nobel de la Paz en 1996.

El contacto con el pueblo

EL hecho de haber estado estudiando fuera durante la invasión de Indonesia, lejos de ser un inconveniente, le dio, según él mismo, una amplitud de criterio que difícilmente hubiese tenido de haber sido testigo directo de las represiones. El nuevo obispo mostró pronto su talante: se dedicó, desde el primer día, a visitar su diócesis, parroquia por parroquia, calibrando la situación sobre el terreno, y clamando por la justicia y la reconciliación.

Empezó haciendo todo lo posible por dialogar con los policías indonesios, recibiendo desaires y negativas. Finalmente, cuando las guerrillas del independentista Xanana Gusmao mataron a dieciséis policías indonesios en represalia por la violación de mujeres timorenses, la atroz respuesta de los opresores (cientos de timorenses ejecutados) hizo que Ximenes Belo alzara por primera vez públicamente

la voz para denunciar estos crímenes al mundo entero.

Al principio tuvieron poca resonancia estas denuncias, salvo una más estrecha vigilancia al obispo. Arriesgando la vida, Carlos Belo escribió en 1989 a la ONU proponiendo un referéndum sobre el destino político de Timor. Ese mismo año el papa Juan Pablo II visitó Timor y habló largo y tendido sobre los derechos humanos. Muchos jóvenes timorese, alentados por la visita papal, organizaron manifestaciones por la libertad. La mayoría fueron arrestados y torturados.

Durante todos estos años, la casa de monseñor Ximenes Belo fue un santuario para los jóvenes buscados por la policía. Monseñor Belo no cejó en sus denuncias contra los abusos por parte de Indonesia, aunque en ocasiones encontrara dificultades, incluso en algunos círculos vaticanos. Se dedicó también a intensificar los contactos con los independentistas y las personas influyentes de la sociedad timorese para propiciar una reconciliación. Fundamentalmente, quiso ser un pastor para su pueblo.

La comunidad internacional no se dio por enterada de las denuncias hasta que en 1996 la concesión del Premio Nobel de la Paz propició que las voces de Ximenes Belo, obispo de Dili, y del líder independentista Ramos Horta fueran escuchadas. Por fin, iba a celebrarse el referéndum que tanto y durante tanto tiempo habían pedido.

La celebración del referéndum

EN enero de 1999, el presidente indonesio B.J. Habibie aceptó la posibilidad de la autodeterminación para el pueblo de Timor Oriental. El 30 de agosto de ese año, bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, se celebró el referéndum, que arrojó el resultado de casi un 80 % de la población timorese a favor de la independencia. La reacción de Indonesia fue de una violencia atroz en las semanas siguientes.

Mientras las cadenas de televisión de todo el mundo anunciaban el resultado de los comicios, milicias paramilitares, apoyadas por Yakarta, empezaban a diezmar a la población. Las casas fueron devastadas, las iglesias incendiadas y los observadores de la ONU, retenidos como rehenes. En Dili, la residencia de monseñor Belo fue tomada por asalto, 30 personas resultaron muertas en ella y el obispo hubo de huir a las montañas.

Al saqueo de casas, ejecuciones masivas, bombardeos aéreos de poblaciones, se llegó a añadir el uso de pesticidas y la defoliación, que condenaron a los campesinos de Timor a la miseria.

Sor Esmeralda de Araujo, religiosa canosiana, se expresaba así: «El mundo sigue hablando y noso-

tros estamos muriendo: esto es un infierno y quisiera gritarle a todos que vengan a salvarnos, pero nadie parece oírnos».

En una conferencia en la sala de prensa del Vaticano, monseñor afirmó: «Se ha atacado a los sacerdotes, religiosos, religiosas, a los catequistas y se ha buscado en todo momento destruir la estructura de la misma Iglesia: la curia, iglesias, parroquias, escuelas y tantas estructuras de servicio y centros del Pueblo de Dios».

Afirmó asimismo que el ejército indonesio sometió a una «guerra psicológica» al pueblo de Timor Oriental, desde que se hizo evidente su voluntad de independencia, con el fin de asustarlo y convencerlo de la necesidad de no separarse. «Han gastado miles de millones en comprar votos. Han organizado milicias para influir en la conciencia de la gente sencilla. Nosotros los obispos hemos sacado una carta pastoral apelando sólo a una cosa: ¡cada uno debe votar según su conciencia! No hemos apoyado ni la independencia ni la integración, solamente hemos dicho: ustedes tienen la libertad de votar según su conciencia».

Como ejemplo de esta forma de agresión, el 6 de setiembre de 2001, un grupo de paramilitares apoyados por el ejército indonesio, atacaron la parroquia de Suai, asesinaron a 100 feligreses y mataron a tres sacerdotes frente a los cuales hicieron estallar una granada.

La Conferencia Episcopal Española denunció «el genocidio y la conculcación de los derechos humanos que afecta de manera especial a la población cristiana» de la isla. El texto, firmado por el Comité Ejecutivo del Episcopado, rechazó «la impunidad con la que están actuando los llamados grupos paramilitares y la negligencia culpable de las fuerzas de seguridad de Indonesia».

Tras expresar su solidaridad con los católicos perseguidos, los obispos se unieron al llamamiento del papa Juan Pablo II para instaurar en Timor «un clima de serenidad y de concordia y se suscite en los ánimos de todos sentimientos de verdadera pacificación y de respeto constructivo de la voluntad expresada en los días pasados por la población de la Isla».

En la última parte del documento, los obispos pidieron al gobierno español, a la comunidad internacional y a los hombres y mujeres de buena voluntad que «no se inhiban ante esta dramática situación y se comprometan en la búsqueda de una solución del conflicto pronta, pacífica y respetuosa con los derechos humanos».

Juan Pablo II lo expresaba amargamente el 12 de setiembre de 1999: «Mi pensamiento va nuevamente a Timor Oriental, donde una violencia brutal sigue golpeando y se ensaña también con la Iglesia

católica, artífice, desde siempre, de diálogo y reconciliación. No puedo callar mi profunda amargura por la enésima derrota de cualquier sentido de humanidad, cuando, en el alba del tercer milenio, manos fratricidas vuelven a alzarse para asesinar y destruir sin piedad».

Finalmente, el 20 de mayo de 2002, la República Democrática de Timor conquistó la autodeterminación después de cuatro siglos de ocupación portuguesa e indonesia, un proceso culminado de manera pacífica gracias, en gran parte, al compromiso de la Iglesia católica. La República de Timor goza actualmente del reconocimiento de nación soberana y es miembro de la ONU.

El papel ejemplar de la Iglesia

EN una entrevista concedida el 29 de marzo del 2001, monseñor Belo respondió a la pregunta sobre el papel que ha jugado la Iglesia en la crisis de Timor Oriental. El obispo respondió así:

«La Iglesia ha hecho un papel de suplencia, no había quien pudiera hablar, nosotros hemos hablado, sobre todo, para defender al pueblo. Ahora tenemos que dar la oportunidad a los hombres, mujeres, laicos, políticos... para que se organicen, y nosotros daremos el apoyo moral que sea necesario, y vamos a implicarnos en la educación, la salud, la justicia y los derechos humanos»

«La Iglesia –recordó en una entrevista concedida el 15 de septiembre de 1999– ha apoyado siempre la libertad de elección de las personas, a pesar de que no haya adoptado jamás una postura específica».

A pesar de lo sucedido, monseñor Belo aseguró que la Iglesia seguirá trabajando por la paz y la re-

conciliación. «El papel será el mismo de siempre: perdón, perdón, perdón, esa ha sido la pastoral de siempre de la Iglesia y lo será hasta el fin del mundo», afirmó.

Misionero en Mozambique (junio de 2004)

Si hemos empezado el presente artículo con el anuncio de su petición al Santo Padre de ser exonerado de la responsabilidad de su diócesis por razones de salud en noviembre de 2002, nada mejor que concluirlo ahora con el anuncio de su decisión de ir, con el consentimiento del Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y de su congregación, como misionero a la diócesis de Maputo en Mozambique, donde trabajará pastoralmente como un miembro más de la comunidad salesiana de la ciudad.

Monseñor Carlos Felipe Belo ha reconocido que su sueño siempre ha sido ser misionero y por eso, tras recuperarse de su enfermedad, ha decidido partir como misionero hacia el continente africano.

De hecho, las misiones y la necesidad de ser misioneros fue uno de los temas al que siempre hizo referencia durante los diecinueve años (1983-2002) de su ministerio episcopal en Dili. Según relata él mismo, ahora le ha llegado el momento de actuar en consecuencia con lo que siempre ha predicado: de obedecer el mandato de ir por todo el mundo y proclamar el Evangelio a todas las naciones.

«Iré con gran alegría y esperanza al país hermano de Mozambique –ha declarado– para ofrecer mi pequeña aportación en la construcción del Reino de Dios y para el desarrollo integral del pueblo mozambiqueño».

Vosotros, *sacerdotes*, que repetís cada día las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que se realiza en vuestras manos, dejaos interperlar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez, y haciendo oración frecuentemente ante el sagrario.

Juan Pablo II: Carta apostólica
Mane nobiscum Domine, núm. 30

María, esperanza de África*

CLAUDE MOUTON-RAIMBAULT

Presencia de la Virgen, desde los primeros siglos, en la Iglesia africana

YA desde los primeros siglos de la era cristiana la Virgen María ha tenido una importante presencia en África. Los mayores doctores, los más célebres mártires de la Iglesia sembraron en esas tierras el culto a la Madre de Dios con su doctrina y su sangre. Tertuliano, nacido a mediados del siglo II, apenas cien años después de la muerte de la Virgen, fue ordenado sacerdote en Cartago, centro de todas las cristiandades africanas y, en su *Tratado de la carne de Cristo* le da a María el título de «nueva Eva». San Cipriano, también miembro de la Iglesia de Cartago, obispo y mártir, a mediados del siglo III canta a María en estos términos: «A la Madre se le debía la plenitud de la gracia; a la Virgen la superabundancia de la gloria». En el siglo IV san Agustín compone varias letanías a la Virgen María y afirma: «Presentémonos a su fiesta revestidos con el manto de su humildad y de su caridad puesto que cuanto más nos vea ornados de virtudes más se apresurará a pedir a su Hijo que venga en nuestra ayuda». San Fulgencio, obispo de Ruspe, en Túnez, al inicio del siglo VI, en los tiempos de los vándalos y de los arrianos, se erige en el Atanasio del África romana y defiende la maternidad divina de María al defender la divinidad de su Hijo.

El culto de la Virgen es, pues, manifiesto en África desde los primeros siglos de nuestra era, influyendo en las estructuras militares, políticas y sociales. Procopo explica que Justiniano, en el siglo VI (el mismo que hizo construir Santa Sofía de Constantinopla), para poner el África romana bajo la protección de María construyó tres santuarios: uno en Cartago, otro en Leptis-Magna (Trípoli) y un tercero en Cepta, la actual Ceuta. El de Cartago, construido en el recinto mismo del palacio del procónsul, fue erigido bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz. Se cree que el de Cepta tenía por nombre Nuestra Señora de África. Procopo explica cómo el emperador, con el fin de salvaguardar ese puesto avanzado y esa puerta del Imperio, quiso confiársela a la Madre de Dios, motivo por el cual le construyó tan remarcable templo.

Presencia de María en la clandestinidad impuesta por el islam

PERO, más que las invasiones de los vándalos, fueron los invasores árabes los que se dedicaron a destruir todo culto cristiano y así entramos en un periodo de clandestinidad de trece siglos

en el curso del cual los bereberes se rebelarán al menos catorce veces, para finalmente inclinarse ante el islam conquistador, adhiriéndose al mismo más por la fuerza que por la convicción. Añadamos a esto la esclavitud de los cristianos capturados en Europa y en Oriente Próximo. Esclavitud que ni las cruzadas ni la victoria de Lepanto consiguieron hacer desaparecer completamente. En la primera mitad del siglo XVII se contaban más de 25.000 esclavos en Argel y sus alrededores: franceses, españoles, ingleses, italianos, sirios e incluso rusos. Las obras creadas para la redención de cautivos tuvieron una extraordinaria importancia, rescatando a hombres de toda la cristiandad. En su *Historia de Berbería*, el padre Dan estimaba que, desde el principio de la piratería hasta 1649, un millón de cautivos cristianos habían sido sometidos a esclavitud. Ante la disyuntiva entre la apostasía o la muerte, muchos cautivos rezaban especialmente a la Virgen, como lo atestiguan los relatos de los mercedarios; de este modo, durante todos estos siglos de barbarie y oscuridad, el santo Nombre de María no cesó de ser invocado.

Consagración de Argelia a María por monseñor Dupuch

A sí llegamos a la conquista francesa de 1830. La idea que latía tras la expedición de Argelia no era solamente un pensamiento de civilización y humanidad, sino también de cristianismo. El ministro de la guerra, M. De Clermont-Tonnerre, no ocultaba al rey Carlos X, en el informe en el que proponía esa expedición, que si Dios concedía su protección a los ejércitos franceses, «éstos podrían restablecer el cristianismo en África y devolver la fe a los pueblos que, antes, habían sido cristianos».

Se comprende, pues, el entusiasmo con el que lo que aún quedaba de cristiano en Francia acogió el proyecto. Ya desde el inicio se dotó de contenido espiritual a la conquista y así veremos a los primeros obispos de Argel, dignos de sus predecesores de Cartago, no ahorrar esfuerzos para hacer salir a María de la clandestinidad y devolverle el honor al tiempo que le encomendaban, en verdadero espíritu de evangelización, la conversión de los musulmanes.

Fue monseñor Dupuch, fundador de una «Arcofradía del Santísimo e Inmaculado Corazón de María» (ochenta años antes de Fátima), quien consagró

*Reproducido de *Lecture et tradition*, núm. 317, de julio de 2004, pp. 21 ss.

Argelia a María y se volcó en obras de caridad hacia los musulmanes y en la construcción de un seminario. También fue él quien recibió la primera imagen de la Virgen en bronce para la que se construirá, en las alturas de Argel, la basílica de Nuestra Señora de África. El acto de ofrenda tuvo lugar el 5 de mayo de 1840, en la festividad de san Pío V, el papa de Lepanto y del Rosario. Quince años después, con motivo de la proclamación por Pío IX del dogma de la Inmaculada Concepción, monseñor Pavy, entonces obispo de Argel, hizo construir sobre la colina que domina la ciudad una capilla provisional dedicada a san José que sería bendecida en 1857 y que albergaría la imagen de la Virgen.

La basílica de Nuestra Señora de África

Poco a poco, junto a dicha capilla, se fue alzando la basílica. Se dudó si llamarla de la Inmaculada Concepción o de Nuestra Señora de la Esperanza, pero finalmente se optó por Nuestra Señora de África. Las obras se finalizarían el 31 de mayo de 1866, el último día del mes de María.

Las razones de monseñor Pavy para impulsar esta obra, expuestas de su propia pluma, bien merecen que nos detengamos brevemente: «¿No será conveniente unir ambas orillas del Mediterráneo por la devoción a la Madre de Dios?... Venid, pues, todos, cristianos de todos los países, de todas las naciones de Europa, ya liberados de la piratería y la esclavitud, venid y haced un gesto de gratitud... El universo católico aún está y estará largo tiempo bajo la impresión causada por la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción: Argelia, que debe a María su renacimiento, no desea sustraerse a este movimiento general del catolicismo».

Y así llegará a desarrollar otra razón, la razón suprema: «Hay un apostolado que no compromete ningún interés y que, por ello mismo, no debe jamás cesar: es el apostolado de la oración, es más, de la oración a María. La Iglesia la llama con razón Reina de los Apóstoles y le atribuye el honor de haber vencido a todas las herejías. ¿Por qué no vamos a pedirle, en su nuevo santuario, la gracia que el universo católico pide con tanto ahínco? La conversión de los indígenas es en toda la Cristiandad el objeto de los más serios pensamientos; incluso los políticos y los mundanos nos dicen: ¿cuándo se harán cristianos los musulmanes? Una voz interior se hace escuchar en nuestra alma y nos dice que los signos de los tiempos se multiplican. La esterilidad de nuestros esfuerzos no nos ha desanimado jamás. No, las súplicas con que llenaremos constantemente el santuario de María no quedarán por siempre sin resultados. Sin confundir las ilusiones con las legítimas esperanzas, osamos predeciros: vendrá, vendrá pronto un día en que aquella que los musulmanes veneran como la madre de un profeta, les abrirá los ojos sobre la divinidad de su Hijo y así honrarán en ella, junto con nosotros, a la

Madre de Dios y de los hombres. Es la única venganza que reclamamos por tanto oro expoliado, por tantos crímenes, tantos oprobios, tantas persecuciones, tantos siglos de esclavitud y tanta sangre vertida en odio al nombre cristiano».

Fuente de gracia y esperanza

LEVADO el santuario al rango de basílica menor por Pío IX en 1875 y coronada la Virgen, no dejará nunca, a pesar de las múltiples dificultades sufridas, de derramar torrentes de gracia sobre todo el continente africano. La archicofradía de oraciones, una de las grandes obras vinculadas al santuario, alcanzó los 80.000 socios en todo el mundo. Ésta es la oración compuesta por monseñor Pavy para la archicofradía: «Oh, Corazón Inmaculado de María, lleno de misericordia, tened piedad de la profunda miseria de los musulmanes. Vos, la Madre de Dios hecho hombre, obtenedles el conocimiento de nuestra santa religión, la gracia de abrazarla y de practicarla fielmente, a fin de que, por vuestra poderosa intercesión, seamos todos reunidos en la misma fe, la misma esperanza y el mismo amor de vuestro divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, que fue crucificado y murió por la salvación de todos los hombres, y que, resucitado lleno de gloria, reina en la unidad del Padre y del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Oh, Nuestra Señora de África, rogad por nosotros y por los musulmanes».

Monseñor Lavigerie, sucesor de monseñor Pavy en el obispado de Argel y fundador de la Orden de los Padres Blancos, modificó la anterior oración para englobar a todos los infieles del continente africano: «Pues sois Señora y Soberana de África, dignaos escoger y enviar a estas regiones abandonadas santos misioneros para conquistarlas, arrancarlas a la muerte y a Satán y llevarlas al seno de la Santísima Iglesia».

Pero, a partir de 1872, la actitud de la administración francesa en Argelia cambió sustancialmente, prohibiendo cualquier procesión, lo que provocó las protestas de monseñor Lavigerie, y siguiendo toda una serie de medidas anticlericales. Carlos de Foucauld escribirá al respecto, en 1912, estas proféticas palabras: «Si los cristianos de Francia no comprenden que su deber es evangelizar sus colonias, tendrán que rendir cuentas de su falta y esto será la causa de la pérdida de una multitud de almas que habrían podido salvarse. Si Francia no administra mejor a los indígenas de su colonia de lo que lo ha hecho hasta ahora, la perderá, y será un retroceso de esos pueblos hacia la barbarie, con la pérdida de la esperanza de cristianizarla por largo tiempo». Cumplidas las predicciones del padre De Foucauld, y confiados en el poder de María por Jesús, esperamos que se acorte el tiempo de la tribulación en que vive sumido el litoral mediterráneo africano y que la conversión de los musulmanes por obra de Nuestra Señora de África sea una realidad.

La fuerza de la Cruz en Birmania

JORGE SOLEY CLIMENT

BIRMANIA cuenta con un régimen militar que accedió al poder por un golpe de Estado en 1962, permitió elecciones libres en 1990 y, tras perderlas, encarceló a la oposición e intensificó sus rasgos más autoritarios. Más de un millón de miembros de las etnias karen, karenni y shan se refugiaron en la jungla junto a la frontera este y al menos 150.000 refugiados se concentran a lo largo de la frontera con Tailandia, mientras que miles de chin, arakan y rohingya se hacen junto a la frontera con la India y Bangla Desh. La junta militar ha instaurado el budismo como religión de Estado y reprime con fuerza a la minoría católica, que, no obstante, goza de una gran vitalidad. La agencia FIDES informaba este verano de la visita de monseñor Nicholas Mano Than, obispo de Hakha – en Birmania, junto a la frontera con la India – a Europa, en la que se reunió con los representantes del ente de derecho pontificio «Ayuda a la Iglesia Necesitada». «La Iglesia de Myanmar está experimentando un gran crecimiento de vocaciones», aseguró monseñor Than. «Hay al menos 70 seminaristas en mi diócesis, pero toda la comunidad está en crecimiento». «En total son al menos 1.300 estudiantes en los diversos seminarios del país», continúa el obispo de Hakha, diócesis que cuenta con cerca de un 8 % de católicos, «y han nacido además dos nuevas congregaciones religiosas». En España, con aproximadamente 36 millones de católicos, hay alrededor de 1.600 seminaristas, por lo que se puede afirmar que Birmania, con tan sólo 600.000 católicos, tiene casi tantos seminaristas como España.

Gran parte de los cristianos pertenecen a las etnias chin, kachin y karen. No es por casualidad que el Departamento de Estado norteamericano haya clasificado a Birmania entre los seis países con mayor grado de persecución religiosa. Los cristianos birmanos no pueden, por ejemplo, acceder a cargos de responsabilidad en la administración ni alcanzar el grado de oficial en el ejército. La impresión de la Biblia está prohibida, por lo que las que existen provienen del contrabando desde la India. En 2001 fueron incautadas y quemadas 16.000 biblias.

A lo largo de toda la región chin solían haber cruces en las cimas de las colinas que simbolizaban la fe del pueblo. En la actualidad no queda ni una. Los lugareños han sido forzados a derribarlas y, en muchos casos, a reemplazarlas por pagodas budistas. En la capital de la zona, Hakha, fue levantada una

cruz en 1982 en la montaña que domina la ciudad; en 1994 la cruz fue destruida y en su lugar se alza ahora la escultura de un monje budista. La última cruz que quedaba en la región fue derribada en 2001.

Pero la persecución no sólo consiste en destruir cruces y levantar pagodas, los cristianos son forzados también a contribuir financieramente a los proyectos budistas. Cada año se les detrae a los cristianos un 1 % de sus ingresos brutos para costear las celebraciones budistas, a las que todos los funcionarios, independientemente de su religión, deben asistir. Por otra parte, los cristianos que se convierten al budismo se hacen acreedores a una serie de privilegios (plazas en las mejores escuelas, exención de trabajos forzados) que tienen un especial impacto entre los más pobres (y que, dicho sea de paso, recuerdan a las medidas británicas en Irlanda). Muchos niños de familias cristianas son separados de sus hogares e internados en monasterios budistas, donde se convierten en monjes novicios. Esta última medida se realiza bajo la excusa de dar a los niños una mejor educación, sin tener en cuenta para nada la opinión de los padres.

Cualquier reunión de más de cinco personas, fuera de la misa dominical, y para cualquier nueva construcción o reforma, requiere un permiso. Pero incluso cuando éste es solicitado, suele denegarse arbitrariamente o se concede pasado el plazo. Esto significa que cualquier reunión (catequesis, preparación para los sacramentos, charlas formativas...) está de hecho prohibida. En cuanto a la construcción de iglesias, no se ha podido llevar a cabo ninguna desde 1994. Por otra parte, los trabajos forzados son algo habitual para la minoría cristiana. A menudo estos se realizan durante las festividades cristianas, impidiendo así que pueblos enteros celebren fechas tan señaladas como la Navidad. Pero mientras la persecución continúa implacable y se extiende el silencio sobre la misma con la complicidad de los países occidentales, la comunidad católica birmana sigue floreciendo en una primavera espiritual sin parangón. Las tácticas para erradicar la presencia de la Iglesia son recurrentes (algunos aspectos de lo que sucede en Birmania nos recuerdan a la acción del gobierno británico en Irlanda o del gobierno callista en México) pero la respuesta de la gracia es variada, suscitando siempre lo que humanamente es impensable. Así ha sido siempre y así es también en el sudeste asiático. Y finalmente, la cruz triunfa.

Santa Teresita del Niño Jesús, patrona del Apostolado de la Oración

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

EN enero de 1971 el jesuita padre Roberto Cayuela publicó en esta revista un artículo –otras veces reproducido– titulado «¿Santa Teresa del Niño Jesús, doctor de la Iglesia y patrona del Apostolado de la Oración?». En el pasado número de junio-julio dábamos gozosa cuenta de la declaración de santa Teresa del Niño Jesús como patrona del Apostolado de la Oración, que se une a la declaración pontificia de su doctorado acaecida el 19 de octubre de 1997.

Cristiandad no puede menos de sentir un cierto santo orgullo al comprobar que lo que hace más de treinta años era la expresión de un deseo es hoy una realidad. En efecto, el padre Cayuela expresamente decía en aquella ocasión «que ha sido invitado para ser como el portavoz en Cristiandad de esta idea e iniciativa». Incluso añadía que tales idea e iniciativa estaban en íntima relación con el particular amor del padre Orlandis por la Santa de Lisieux.

El artículo del padre Cayuela trataba por separado los argumentos en que fundaba su petición para que santa Teresita fuese proclamada doctor de la Iglesia y los argumentos para que fuese declarada patrona del Apostolado de la Oración.

«Esta revista –añadía–, surgida del seno de Schola Cordis Iesu, y sostenida por sus animosos socios, está íntimamente vinculada con el Apostolado de la Oración». Fundaba su argumento, el padre Cayuela, como lo advierte en la introducción, en el magisterio del papa Pío XI, que beatificó y canonizó a la santa carmelita de Lisieux. Decía aquel pontífice que era intención esencial de la santa «consolar su corazón sacratísimo y promover la eterna salvación de muchas almas». (AAS, XV, 1925, p. 213) Como lo decía la misma Santa: «Vine al Carmelo para salvar almas; y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes».

Si cotejamos, seguía el padre Cayuela, las características de la plegaria que promueve y ejercita el Apostolado de la Oración, con las cualidades que hicieron eficazmente apostólica a santa Teresita veremos que son como haces que se funden en un mismo haz luminoso. En el Apostolado de la Oración nos consagramos al Corazón Sagrado de Jesús, por el Corazón Inmaculado de María, para unirnos con este Corazón y ofrecernos al Padre en el santo sacrificio de la Misa, y terminamos pidiendo que se establezca en todo el mundo el Reino de Cristo y rezando por el papa y sus intenciones.

La oración apostólica de santa Teresa del Niño Jesús fue esta misma oración, pero lo fue ejemplarísimamente, con maravillosa perfección, como de modelo para todos nosotros, tal como lo ponía de relieve el padre Cayuela. La oración de santa Teresita es oración de víctima total que se ofrece en su vida ordinaria de carmelita por la salvación de las almas.

Conviene recordar ahora la relación de san Francisco Javier, patrono de las Misiones, con el Apostolado de la Oración. Habiendo sido fundada en su origen esta asociación por el padre Gautrelet, S.I., precisamente el 3 de diciembre, festividad de san Francisco Javier, en el año 1844, tenía por objeto un carácter de suplencia. Los jóvenes jesuitas del escolasticado de Vals, donde se preparaban para ir a las Misiones, oraban por el futuro éxito de su apostolado y por el apostolado de los misioneros en general. El caso de santa Teresita es del todo distinto. Expresamente dice al hablar de sus vocaciones que le hubiera gustado ser misionera, pero que claramente suplía esta vocación con creces orando y sacrificándose por los misioneros, porque es del amor, y sólo del amor, de donde brotan los ánimos y la fortaleza necesarios para el anuncio del Evangelio.

Por consiguiente, el patrocinio de santa Teresita es formalmente hablando intrínseco respecto a la idea directriz del Apostolado de la Oración, entendido como su definitivo fundador, el padre Ramière, lo concibió: ofrecimiento de todas las obras para la extensión del Reino de Cristo por el medio de la expresa devoción a su Sagrado Corazón. Resulta de ello que parecería más congruente considerar a san Francisco Javier patrono principal de las Misiones –como ya lo es– y a santa Teresita del Niño Jesús, patrona principal del Apostolado de la Oración, como lo proponemos a la Dirección General del Apostolado de la Oración. En ambos casos, serían cada uno de ellos patronos secundarios de las respectivas actividades apostólicas.

Decimos ahora con el padre Cayuela: «La conclusión se impone por su evidencia: tiene la Santa de Lisieux los más legítimos títulos y los más preclaros merecimientos, que la hacen acreedora, por su oración apostólica, para ser declarada patrona del Apostolado de la Oración. Brinda Cristiandad esta idea a la Dirección General del Apostolado de la Oración».

«No se construye una sociedad amputando previamente sus raíces»

Alocución del nuevo abad del Valle de los Caídos, don Anselmo Álvarez Navarrete, al final de la misa de la bendición abacial, el día 14 de septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz

CUANDO el pasado mes de junio la disposición de Dios y la decisión de los hermanos de mi Comunidad se aunaron para encomendarme este servicio abacial, sólo encontré unas palabras para expresar lo que experimenté en ese momento: «aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». Una voluntad inescrutable y providente, ante la que me siento «agradecido por el pasado, confiado en el futuro». Esta confianza es la que me permite creer que va a ser Dios quien tome en sus manos el porvenir de esta Comunidad y que yo seré solamente su instrumento. Os pido que todos me ayudéis a no defraudar ni la confianza de Dios ni la de mis hermanos.

Al recapitular ahora ese pasado me vienen a la memoria, en primer lugar, aquellos que estuvieron en el origen de mi vocación. Ellos alentaron el espíritu religioso de una familia que dio fruto en mi llamada al sacerdocio y a la vida monástica, como antes lo había dado en la muerte, con rasgos martiriales, de mi padre, cuyos restos reposan a unos pocos metros de este altar.

En esa evocación y agradecimiento incluyo a todos los que han contribuido a la formación de mi espíritu (y de mi mente), a los que me han educado para la vida monástica y sacerdotal, a los que, a lo largo de muchos años, me han acompañado con su oración, su ejemplaridad, y la lección de su fidelidad en el servicio de Dios.

[...]

El itinerario que para mí se inició en el seminario de Madrid y que continuó en la abadía de Silos, desembocó en este Monasterio de la Santa Cruz del Valle de los Caídos cuando, hace ahora 46 años, el esfuerzo generoso de la Abadía silense puso 20 de sus monjes al servicio de esta Fundación. De ellos la mayor parte ya han cambiado los claustros del Valle por los atrios del cielo. Hoy deseo poner su memoria a los pies de este Santo Cristo, y expresar, en la persona de su actual abad, padre Clemente, la gratitud de todos nosotros por aquel gesto y por la herencia humana, espiritual y monástica recibida de Silos.

A lo largo de esos años todos nosotros hemos vivido, sufrido y gozado los avatares de un recorrido lleno de azares. Ha sido una historia de gracia a tra-

vés de la cual hemos aprendido que no eran los hombres sino la Providencia la que nos había asignado el sentido primordial de nuestra presencia en este lugar, sentido que no era otro que el de permanecer al pie de la Cruz, en una ofrenda de nuestra vida que nos asimilara al que en ella ofreció la suya.

Estamos celebrando la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Diariamente nuestra mirada se vuelve a ella y su sombra nos cobija. Cada día comprendemos un poco mejor que su misterio encierra a la vez el misterio de Cristo y del hombre. Ella es el Árbol de Vida en el que el mundo debe recrear la suya. La Cruz es la victoria dada al hombre. En ella ha quedado aniquilado todo lo que le es antagónico: el mal, el pecado, la muerte. En ella ha sido «borrado el decreto que nos había condenado».

A ella subió la Vida para dar vida en su muerte a todo lo que había perecido. Nadie puede vaciar el misterio de la Cruz, en el que ha sido depositada la sabiduría y el poder de Dios frente a la necesidad impotente del pecado y del mal. Por eso hay esperanza para el futuro del hombre: porque nadie puede anular la Vida, la Verdad y el Bien, que es el orden divino en el que el hombre ha sido introducido.

«La Cruz, dice un viejo texto cristiano, permanece firme, en pie, mientras todo vacila alrededor de ella»: *Stat Crux*. Es el lema que he escogido para mí. Aquí en el Valle con frecuencia nos detenemos a contemplar el galopar precipitado de las nubes sobre la Cruz. No es un pasatiempo, sino una ocasión para la reflexión. De igual manera que las nubes pasan y su estela se disipa de inmediato, también las generaciones, con sus obras y proyectos, pasan velozmente unas tras otras: sólo persiste la Cruz y lo que se ha dejado marcar por ella.

«Paraos en los caminos y preguntad: cuál es la vieja senda; seguidla y hallaréis la paz». La Cruz se ha convertido en la encrucijada de todos los caminos humanos, que convergen en ella para recuperar la dirección perdida. Para recuperar la paz con Dios; la paz de los hombres entre sí. La Cruz es el lugar por excelencia de la reconciliación.

En ella se realiza la confluencia final de direcciones que parecían opuestas e irreconciliables. El

mundo y el hombre se unifican con Dios y entre sí cuando se encuentran en la Cruz. Es allí donde son convocados, después de haber sido invitados a la mesa en la que Jesús repartió el pan y la sangre para la vida y la unidad del mundo y de la que se levantó para ir a la Cruz. Junto a ambos nace y se renueva cada día la humanidad.

A la sombra de esta Cruz del Valle, desde el interior de esta basílica, los monjes ofrecemos cada día la liturgia de la reconciliación, de la unidad y de la paz: «paz para los que están lejos y para los que está cerca». Paz para los que un día enfrentaron sus ideas y sus espadas y que hoy descansan en un gran sepulcro único, al pie de la Cruz, como el de Cristo al pie del monte Gólgota, a la espera de la misma resurrección. El símbolo con que se quiso sellar aquella hora de España fue una Cruz y un altar. Siguen en pie para que desde ellos se extienda por todos los ángulos de España la sangre del sacrificio que redime y la oración que reconcilia. Que lo que ha unido la sangre de Dios no lo separe el hombre.

Como el profeta, también nosotros oramos «incesantemente por la nación y por la ciudad de Jerusalén», es decir, por el pueblo y los pueblos de España, en una plegaria diaria de intercesión en favor de su paz y su prosperidad, así como por la conservación de lo más precioso de nuestra herencia que es la fe de ese pueblo. Desde aquí esta Comunidad observa y acompaña los pasos de nuestra sociedad, y ora para que no llegue a ponerse en peligro de ruina nuestro patrimonio espiritual, moral e histórico.

«Qué dará el hombre a cambio de su vida y de su alma», preguntaba Jesús a sus oyentes. ¿Qué dará España a cambio del espíritu, de la cultura y del humanismo que han fecundado su civilización? ¿Qué proyectos alternativos realmente válidos podemos contraponer, en España o en Europa, a los que han sido nuestra razón de ser: el servicio a Dios y al Evangelio de Cristo, a la persona humana, al orden fundado en la recta razón y en la ley divina?

No se construye una sociedad amputando previamente sus raíces, o procediendo a invertir sus fundamentos históricos. Un Pueblo, Nación o Estado no se asienta sólo en un territorio o en una Constitución, sino ante todo en los gérmenes seculares de su historia y de su alma colectiva. Los pueblos tienen también una entidad orgánica y casi genética cuyos rasgos fundamentales no pueden ser trastornados sin que se conmuevan sus cimientos. Comprenderlo así forma parte de la sabiduría de esa colectividad y de sus dirigentes.

Cuando una sociedad deja colapsar su espíritu la obra que construye es ilusa. Para que una obra sea humana y positiva necesita ser imagen del espíritu del hombre, que es espíritu de Dios. El hombre no posee nada cuando se ha desposeído del espíritu. Con

él pertenece a una raza divina y humana; sin él no se pertenece ni a sí mismo.

Dios parece haber sido convertido hoy en el oprobio de Europa y, por extensión, de España. Su expulsión de nuestro horizonte es la decisión más desdichada jamás adoptada por Europa. Nunca los europeos han pensado tan pobremente acerca de sí mismos, y con ello Europa entra en la época más dura y opaca de su historia. No quiere ni el Nombre de Dios, ni su Ley, ni su Providencia, ni su Cruz: ¿qué le queda? ¿La protección de algún Gran Hermano?

La orfandad de Europa no va a ser llenada por ningún otro nombre, ni poder ni providencia humanos. Más bien, debe enfrentarse a la advertencia: «los pueblos que olvidan a Dios se hunden en la fosa que hicieron» (Sal 9). Y Jesús subraya en el Evangelio: «La planta que no haya plantado Mi Padre será arrancada de raíz» (Mt 15,14). Por eso oramos con el profeta (Sofonías) para que Dios dé «a nuestros pueblos labios puros para que invoquen el Nombre del Señor», «Nombre único en el que podemos ser salvados», única piedra angular capaz de cimentar la ciudad humana.

Nuestra invocación se dirige también a María, la Virgen Madre que «permanecía en pie junto a la Cruz», y unimos a la suya todas las intercesiones para pedir a su Hijo que alce su Brazo Poderoso para salvar a su pueblo. Para pedirle que ilumine nuestras inteligencias a fin de comprender que la verdad no ha pasado de Dios al hombre, ni de la iglesia a las leyes humanas que ignoran las divinas, ni del Evangelio a los sabios de este mundo. Que sólo es perdurable lo que tiene sus raíces en la acción y en la palabra de Dios. Todo lo que es paz y libertad, justicia y amor y verdad, está en ella.

Con esta Virgen del Valle, junto a todos los que reposan hermanados en esta basílica, en particular con los que ya han sido declarados beatos, con la multitud de santos españoles que, sobre nuestras cabezas, rodean al Cristo Pantocrator, nosotros los monjes del Valle, sólo deseamos mantener nuestra vigilia de amor y de esperanza junto a la Cruz.

A la sombra de esta Cruz del Valle, desde el interior de esta basílica, los monjes ofrecemos cada día la liturgia de la reconciliación, de la unidad y de la paz: «paz para los que están lejos y para los que está cerca».

Como el profeta, también nosotros oramos «incesantemente por la nación y por la ciudad de Jerusalén», es decir, por el pueblo y los pueblos de España, en una plegaria diaria de intercesión en favor de su paz y su prosperidad, así como por la conservación de lo más precioso de nuestra herencia que es la fe de este pueblo. Desde aquí esta Comunidad observa y acompaña los pasos de nuestra sociedad, y ora para que no llegue a ponerse en peligro de ruina nuestro patrimonio espiritual, moral e histórico.

Monseñor Juan José Languet releva al padre Galliffet en la difusión de la devoción al Corazón de Jesús en Francia

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«En el siglo XVIII nadie ha superado ni siquiera alcanzado al padre Galliffet en la extensión y fecundidad de su apostolado del Corazón de Jesús.» (Hamon)

VIMOS ya cómo el padre Galliffet vio frustrada, primero en 1727, y por segunda vez en 1729, la misión de conseguir de la Santa Sede la aprobación de la fiesta del Corazón de Jesús, que le había llevado a Roma. Fallecidos al año siguiente el general jesuita padre Tamburini y el papa Benedicto XIII, sus protectores en la ciudad, el padre Galliffet retornó a Lyon.

Tras su fracaso, no consideró su trabajo baldío, pues si su libro en latín, fruto de tan largos años de esfuerzo, no había servido para que la Congregación de Ritos aprobase la fiesta del Sagrado Corazón, pensó que podía ser útil para popularizar su devoción en Francia. Llegado a Lyon, resume el texto latino, lo traduce al francés y lo envía a París para obtener el preceptivo *imprimatur*. El ilustrado censor real, profesor de la Sorbona, aprueba el texto con grandes elogios a su autor, pero se muestra crítico con la anexa autobiografía de la madre Margarita María, pues tacha de infantiles e increíbles para el gusto del siglo revelaciones y favores tan extraordinarios, y sugiere a su autor que omita su publicación. «Ni pensar en suprimir una Memoria que es el monumento más auténtico de la revelación de la que ha nacido la devoción», responde Galliffet; y el censor tuvo que ceder.

«La excelencia de la devoción al Corazón adorable de Jesucristo.»

TRAS la aprobación de tres teólogos jesuitas y de su provincial, y con la introducción y presentación de los dos amigos del Corazón de Jesús en el episcopado francés de la época, los obispos de Marsella, monseñor Belsunce, y de Soissons, monseñor Languet, en 1733 se publicaba la obra del padre Galliffet bajo el título de: *La excelencia de la devoción al Corazón adorable de Jesucristo*.

Las salesas de Lyon la envían y recomiendan a

los ciento cincuenta monasterios de la Visitación, y el libro se propaga con rapidez, logrando la popularidad que en su día tuvo el del padre Croisset. La solidez de su doctrina va ganando nuevos fieles a la devoción, y deshaciendo malentendidos entre quienes ya la conocen, pero el padre Galliffet, como verdadero amigo del Corazón de Jesús, no debía conocer en vida el éxito de sus desvelos, sino esperar después de su muerte aún quince años, hasta ver ya desde el cielo como su obra alcanzaba el fin que le había encomendado: su libro desempeñaría un papel decisivo en la publicación del decreto de la sagrada Congregación de Ritos de 1765 que instituye su fiesta del Corazón de Jesús. En dicho decreto el Papa dice que concede la fiesta en el sentido pedido en el memorial de los obispos polacos, memorial todo él sacado del libro del padre Galliffet, del que reproduce textualmente muchos pasajes. Por ello, si queremos saber cómo ha entendido y aprobado la Iglesia la devoción al Corazón de Jesús, no hay más que consultar el libro de José de Galliffet.

Hasta sus últimos días, el padre Galliffet se mantuvo siempre vinculado a todo lo que sucedía en el mundo referente a la devoción al Corazón de Jesús, llevando relación de las setecientas dos cofradías del Corazón de Jesús erigidas en 1745, más del doble de las que había cuando tuvo que dejar Roma, y ya vimos como se carteaba con el padre Hoyos y el padre Loyola, interesándose por la difusión de la devoción en España.

Única referencia a su devoción al Corazón de Jesús en la necrológica del padre Galliffet: «Su libro ha tenido un pleno éxito llevando el amor de Jesucristo a todas las partes del mundo»

MURIÓ el padre Galliffet el 31 de agosto de 1749 a los 87 años de edad. En su necrológica su superior reconoce su piedad y virtud: «Habiendo vivido como un santo, murió también como santo. Su unión con Dios era íntima y continua. Toda su vida fue hombre de oración,

pero en sus últimos años, su vida no era sino adoración y contemplación, de la mañana a la noche, y casi siempre se hallaba ante Jesús Sacramentado». Pero la nota oficial dedica sólo una línea a la razón de todos sus trabajos, sin mencionarla expresamente: «Su libro ha tenido un pleno éxito llevando el amor de Jesucristo a todas las partes del mundo». Esta parquedad sobre la devoción el Corazón de Jesús al que hizo voto de consagrar su vida, la suplirá luego el gran historiador padre Hamon, S.I., escribiendo: «No conozco a nadie que en el siglo XVIII haya superado ni siquiera alcanzado al padre Galliffet en la extensión y fecundidad de su apostolado del Corazón de Jesús». Y añadiendo sobre su libro: «Es la primera obra que trata doctrinalmente y a fondo la devoción al Sagrado Corazón. Teología, filosofía, historia, el autor no ha descuidado nada para hacernos de su estudio un trabajo definitivo. Y lo ha conseguido. Sin atrevernos a decir que después de él nadie lo haya hecho mejor, es cierto que quienes le hayan superado habrán podido hacerlo gracias a su libro».

El obispo Juan José Languet, amigo del Corazón de Jesús, historiador de la venerable hermana Margarita María (1677-1752)

TANTO en sus gestiones en Roma como en la publicación de su libro en Francia, el padre Galliffet había contado siempre con la ayuda y colaboración de dos preclaros obispos franceses, verdaderos amigos del Corazón de Jesús: el obispo de Marsella monseñor Enrique Belsunce – del que ya hablaremos – y monseñor Juan José Languet, obispo de Soissons, que habría de ser el instrumento que el Corazón de Jesús iba a suscitar para continuar la obra escrita del padre Galliffet en la difusión de su devoción, una vez que éste había recorrido el tramo de carrera que la Providencia le había asignado.

Cuarenta años después de las revelaciones de Paray-le-Monial, cuando el padre Galliffet vuelve a Francia, el culto externo de la devoción al Corazón de Jesús se reducía al promovido por las cofradías fundadas por celosos devotos en las capillas de algunas comunidades religiosas y en escasas iglesias parroquiales de diócesis en que sus obispos las permitían. En estas cofradías se reunían los asociados para festejar con solemnidad la fiesta del viernes de la octava del Corpus y ganar así la indulgencia concedida por la bula de erección, y comulgaban cada primer viernes de mes para reparar las ofensas recibidas por Jesús en el Sacramento de su Amor. No les había llegado el eco de las desfavorables resoluciones de la Sagrada Congregación de Ritos, que sólo

era conocido por una minoría de devotos y otra de detractores.

Todo hacía presagiar que, tras la negativa romana, se dejaría de hablar por algún tiempo en Francia de la nueva devoción, pero no eran esos los planes del Corazón de Jesús, que iba a soplar su aliento sobre los rescoldos de un fuego que algunos daban ya por extinguido. Así, ese mismo año de 1730, en París y en provincias, obispos, sacerdotes y religiosos, príncipes, nobles y burgueses, sabios e ignorantes, comenzaron a hablar de la devoción al Corazón de Jesús, tomando partido a su favor o en su contra, con ocasión de la publicación de *La vida de la venerable Madre Margarita-María, religiosa de la Visitación de Santa María, del monasterio de Paray-le-Monial, en Charolais, muerta en olor de santidad en 1690*, libro escrito por el académico monseñor Juan José Languet, obispo de Soissons.

Monseñor Languet en Paray-le-Monial para informar sobre la milagrosa curación de la hermana Desmoulins

JUAN José Languet de Villeneuve de Gergy, sexto hijo del barón de Save, nacía en 1677 en una familia de la pequeña nobleza provinciana. Su madre era prima del ilustre Bossuet, obispo de Meaux, quien introdujo a su joven sobrino, tras su ordenación sacerdotal, en los salones de la corte, haciendo que lo nombraran limosnero de la delfina duquesa de Borgoña. Nombrado en 1712 vicario general del obispo de Autun, monseñor d'Hallencourt, el 9 de agosto del año siguiente, éste le enviaba a Paray-le-Monial a incoar un proceso canónico informativo sobre un supuesto milagro: la inexplicable curación de la hermana del convento de la Visitación Claudia-Angélica Desmoulins, que las religiosas afirmaban se había producido por intercesión de sor Margarita María Alacoque, muerta en olor de santidad 23 años antes. La noticia había llegado al obispado al día siguiente de la repentina curación, y con ella la petición de las religiosas de que se comprobase oficialmente el hecho, pero se había querido esperar a que pasase el entusiasmo inicial y la sanación se confirmase. El vicario Languet escribiría: «He creído prudente examinar los hechos despacio y con desconfianza, resistiendo las solicitudes de quienes me apremiaban a acelerar la recogida de pruebas y permitir su publicación».

Languet interrogó a la hermana curada y a cinco religiosas: la superiora, madre Isabel de la Garde, su asistenta, la hermana Verchère, y las consejeras hermanas Courtois, De Fargue y Alexis de

Marechalle, y tomó también declaración bajo juramento al capellán del convento, al médico de la comunidad doctor Billet y a otros dos médicos y dos cirujanos más, terminando su información el 20 de agosto de 1713 con la conclusión de que una curación tan «pronta, duradera y completa», resultaba inexplicable sin una intervención sobrenatural.

En el proceso quedó acreditado que la hermana Claudia-Angélica Desmoulins, de 20 años, sufrió una hemiplejía que le dejó paralizado el lado derecho de su cuerpo, y como, tras varios meses de cuidados, la enferma iba a peor, por lo que los médicos perdieron toda esperanza, no ya de curación, sino de vida, dándola por desahuciada. Su enfermera, la hermana Rosalía de Fargue, viendo su grave estado, pensó en invocar a su antigua maestra de novicias Margarita María, y el 17 de febrero de 1713 la superiora le propuso la invocara en una novena. La enferma, que no le tenía ninguna devoción a la hermana Margarita María, la recitaba sin fe. La enfermera le ofreció una camisa que se guardaba porque había tocado los restos de la hermana Alacoque, pero la enferma no la quiso. Tras rechazarla, Angélica Desmoulins se durmió, y soñó que se ponía la camisa y sanaba. Al despertar se la pide a su enfermera, quien, sorprendida, se la trae; y al tener que vestírsela comprueba que medio cuerpo sigue paralizado. Se van al rezo las hermanas y Angélica queda sola. Al poco, siente frío en las manos, un temblor general y luego un calor suave. Se siente curada. Saca de la cama la mano paralizada y comienza a vestirse. Se levanta y se pone a andar sin ayuda. Al volver las enfermeras la ven en pie y llaman a la superiora que, admirada, le manda subir a rezar al coro, en el que entra ante el asombro de la comunidad.

Monseñor Languet en el libro IX de la *Vida de la venerable Madre Margarita-María* escribirá años más tarde: «El primer milagro pasó, por decirlo así, delante de mis propios ojos. Yo lo examiné con el más escrupuloso cuidado, y con las formas jurídicas más exigentes. Dios lo permitió, sin duda, para que yo pudiera darle algún día la gloria que le es debida».

Tras la portentosa curación de la hermana Desmoulins en 1713, el obispo autoriza al monasterio de Paray a que celebre la fiesta del Corazón de Jesús.

LA noticia de la repentina curación se extendió de inmediato por Paray y su región, y eran muchos los que acudían al monasterio a ver a la hermana curada. Le quedaba alguna limitación en su pierna derecha, por lo que un sacerdote de la

ciudad promete celebrar quince misas al Corazón de Jesús para la recuperación total. El sacerdote se olvidó, y dilató el cumplimiento de su voto, pero al decir la primera de las misas, se produjo la plena recuperación de todos los miembros de la hermana Desmoulins.

Ya en 1685 Margarita María había instado a su superiora a que pidiera al entonces obispo de Autun el privilegio de poder celebrar en el convento la fiesta del Corazón de Jesús, pero éste no había accedido; ahora en 1713, el obispo d'Hallencourt, tras el favorable informe de su vicario monseñor Languet, autorizó su celebración en la iglesia del monasterio de Paray. Esta primera celebración en la villa de Paray el viernes siguiente a la octava del Corpus, coincidió con la bendición de una capilla al Corazón de Jesús en la iglesia exterior de la Visitación, y a la fiesta, anunciada con salvas de cañón, acudió en procesión toda la población con sus autoridades al frente, bajo estandarte del Corazón de Jesús, precedidas por un escuadrón de cuatrocientos soldados. Tras el éxito de Paray, dos años después el obispo autorizó celebrar la fiesta a los cinco monasterios de la Visitación de su diócesis, pero no sería hasta 1721 cuando, siguiendo el ejemplo del de Marsella monseñor Belsunce, el prelado invocó la misericordia divina contra la amenaza de la peste, y, agrado, estableció la fiesta del Corazón de Jesús en toda la diócesis de Autun.

Monseñor Languet, encargado de instruir proceso canónico sobre vida y virtudes de la hermana Alacoque

FUE el monasterio de Moulins el que solicitó de monseñor d'Hallencourt que se pusiera «en forma jurídica todo lo que pueda concernir a la vida, virtudes, actos heroicos y milagros de la venerable hermana, ante el temor de que por el paso del tiempo, muriesen los testigos oculares y desaparecieran los testimonios de primera mano», y el 15 de octubre de 1714 el obispo de Autun instituyó para ello una comisión diocesana a cargo del vicario general monseñor Languet, quien, al haber presidido poco antes el proceso informativo del milagro atribuido a su intercesión, se hallaba al corriente de la historia de la hermana Margarita María, y en condiciones de constatar y recoger todas las informaciones útiles sobre su vida y virtudes. Estando ocupado en este proceso, en enero de 1715, Luis XIV nombra a monseñor Languet obispo de Soissons, por lo que tuvo que interrumpirlo, y confiar su continuación al prior de los benedictinos de Paray.

Se abrió el proceso el 15 de julio de 1715, y se



aportó como base documental la completa *Memoria* preparada por monseñor Languet, compilando diversos escritos de la hermana Margarita y de sus superiores, a la que añadieron las visitandinas de Paray un *Compendio de los milagros y gracias que varias personas han recibido por intercesión de nuestra Venerable hermana Margarita-María Alacoque*. A esta memoria se acompañó otra titulada *Vida de la hermana Margarita María por las contemporáneas*, un manuscrito en diez cuadernillos con más de trescientas páginas, redactado por sus antiguas novicias. En el proceso se tomó declaración bajo juramento a veintisiete testigos *de visu o de auditu*, seculares y religiosos; entre los primeros al hermano Crisóstomo Alacoque, y entre los segundos, tanto a las antiguas novicias de Margarita María, las fervorosas hermanas Verchère, y De Fargue, como a sus iniciales opositoras, las hermanas Marest y Courtois, transmitiendo todas su admira-

ción por ella y su pesar por no haberle entonces comprendido. La hermana Desmoulins, que por su edad no había conocido a Margarita María, reconoció en su declaración que fue la primera sorprendida por su curación, pues antes no le tenía la menor devoción, y era muy incrédula respecto a los milagros.

Durante la instrucción del proceso se verificaron y certificaron numerosos documentos, se examinaron los distintos memoriales en su día redactados, se estudiaron uno por uno todos los manuscritos conservados en el monasterio referidos a la hermana Alacoque, y se solicitó declaración a un testigo de excepcional autoridad: la madre Greyfié, única superiora superviviente del tiempo de las revelaciones. Habían transcurrido treinta años desde su marcha de Paray, y llevaba veinticinco en la casa madre de la Visitación, por lo que antes de deponer ante el obispo de Annecy, pidió releer el grueso cuaderno

escrito pocos meses después de la muerte de la hermana Margarita María. El proceso se concluyó el 18 de septiembre de 1715. Dirá Languet en el discurso preliminar de su libro: «Pocos historiadores han tenido como yo la ventaja de ser guiados en su narración por una información jurídica, pero Dios lo ha querido así, y ha hecho que lo que hay de maravilloso en la vida de la hermana Margarita María estuviera apoyado en las pruebas más seguras y garantizado por el procedimiento más exacto».

Monseñor Languet promete escribir la vida de la sierva de Dios Margarita María, aunque, «Como la fe debe ir por delante de la piedad, debemos correr antes a toda prisa cuando se le prende fuego a la casa de nuestro padre».

Monseñor Languet, siendo instructor del proceso, quedó tan impresionado por cuanto iba conociendo sobre la devoción al Corazón de Jesús y las gracias concedidas a su mensajera, que prometió a las visitandinas de Paray escribir la vida de la hermana Alacoque, pero, al ser nombrado obispo de Soissons, pensó delegar en otros el laborioso encargo de escribir una vida tan comprometida. Las salesas de Paray se lo tomaron muy a mal, e insistieron en que sólo él, que había recibido la gracia de conocer de primera mano todo sobre la vida de la hermana Margarita María, era quien podía llevar a buen fin la obra que Dios quería: dar a conocer a su mensajera, y con ella su mensaje de amor a los hombres. Ante tales apremios, el ya obispo Languet tuvo que volver a su primer proyecto, que proseguirá sin pausa, pero sin prisa, ya que tardará quince años en culminarlo.

Monseñor Languet estaba ocupado en muy graves asuntos, en particular en la defensa de la fe católica frente a la querrela jansenista, por lo que la redacción de la vida de sor Margarita María no avanzaba. A la hermana De Fargues, que se impacientaba viendo que habían pasado cuatro años y el libro no se terminaba, le escribe en junio de 1719: «Me reprocháis con razón el tiempo que tardo en terminar la obra que me apremiáis, pero sabed que ya estaría hecha si necesidades de la Iglesia más urgentes no se hubieran antepuesto; me refiero a la nueva secta que se ha formado en el reino y a la que he combatido con mis escritos desde hace año y medio. Sin eso la obra estaría ya acabada, pero la fe debe ir por delante de la piedad, y debemos correr a toda prisa cuando se le prende fuego a la casa de nuestro padre. Pedid a Dios, mi querida hermana, que bendiga mis escritos lo suficiente para que sirvan para recuperar a tantas gentes como se precipitan hoy día en el cisma... Espero que la calma seguirá a la tempestad, y, estando ya abandonados los apelantes por M. el cardenal de Noailles, y suficientemente

confundidos por los escritos que se han hecho contra ellos, me quedará por fin tranquilidad para acabar una obra que me interesa tanto como a Vos, y que ya está muy avanzada». Muy avanzada, sí, pero a la que faltaban aún diez años de trabajo hasta ver la imprenta.

Con ocasión de la herejía jansenista, Jesús nos reveló la devoción a su Corazón

AL hablar de «la querrela jansenista» y de que «los apelantes se hallan abandonados por el cardenal de Noailles» se refiere Languet al arzobispo de París, quien tras largos años de encabezar la resistencia de los jansenistas rebeldes al Papa, en aquella hora los abandonaba ya a su suerte, aunque el prelado se resistiría aun nueve años más en aceptar por fin, pura y simplemente, la bula *Unigénitus* que los condenaba.

Se ha escrito que la difusión de la herejía jansenista, que en los umbrales de los tiempos modernos amenazaba con introducir en la Iglesia católica los errores de la reforma calvinista, fue la ocasión en que Jesús reveló a los hombres la devoción a su Corazón, como remedio contra un rigorismo que apagaba la piedad de los fieles y los alejaba de los sacramentos, enfriando la caridad en la Iglesia. Fue así, pero la circunstancia histórica, aunque sitúa los hechos, no es su causa. La devoción a su Corazón no la revela Jesús sólo para contrarrestar los peligros de una herejía y defender a los cristianos de los siglos xvii y xviii frente a ella. Los planes de Dios sobre el advenimiento de su reino a la tierra mediante la devoción al Corazón de su Hijo, son a más largo plazo, porque son más grandiosos. En el siglo xvii Dios providente procedió a sembrar la semilla del grano de mostaza, de la que al poco comenzaría a brotar su tierno tallo. El enemigo, intuyendo los proyectos del Altísimo, pretendió ahogarlo desde el inicio, pues barruntaba que aquella pequeña simiente se convertiría en el árbol frondoso plantado a la orilla del gran río de misericordia que brota de la derecha del Santuario (Ez 47,2-12), bajo cuyas ramas y medicinales hojas se han de cobijar las humildes avecillas del cielo en los actuales y venideros tiempos de gran tribulación, tras la cual, este Corazón divino será el nuevo estandarte que presidirá su reinado de paz y amor en el mundo.

De los ataques que desataron en Francia contra la devoción al Corazón de Jesús sus declarados enemigos los herejes jansenistas, secundados por toda laya de ilustrados, filósofos y libertinos, y de su valiente defensa por sus devotos, con el obispo Languet a su cabeza, trataremos, Dios mediante, en el próximo número.

El corazón humano en la Biblia y el Corazón de Jesús

P. JUAN RODOLFO KARS

En relación con las objeciones que en los años 1727 y 1729 hemos visto se opusieron a la introducción del culto al Corazón de Jesús (véase en nuestro número anterior el artículo de José Javier Echave-Sustaeta, «Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús [XV]»), y que se vienen repitiendo hasta hoy, reproducimos el inspirado artículo del P. Juan Rodolfo Kars, publicado en el número 177, del mes de junio de 2004, en la ferviente revista Paray-le-Monial, editada por los celosos capellanes del Santuario de la Ciudad del Corazón de Jesús.

Cuando en la Biblia leemos la palabra *corazón* podemos distinguir en el término diversos sentidos o *niveles*, y al menos cinco de estos niveles elementales nos permiten entrar fácilmente en la contemplación del Corazón de Jesús. Meditar brevemente sobre cada uno de los sentidos de la palabra *corazón*, aplicándolos a su vez al Corazón de Jesús, nos ayudará a desear cada vez más la unión de nuestro corazón al Corazón de Jesús, según la invocación: «¡Oh, Jesús, manso y humilde de corazón, haz nuestro corazón semejante al tuyo».

Ante todo, el término corazón designa el corazón de carne

I.- Ante todo, el término corazón designa el corazón de carne, el órgano vital, el músculo cardíaco, y en este primer sentido apenas se utiliza en la Biblia. Con todo, cuando contemplamos el Corazón de Jesús, debemos considerarlo también bajo este aspecto, pues Jesús ha pedido a Margarita María que sea expuesta la imagen de su Corazón, y con ella quiere poner el acento en el realismo de la Encarnación. «*El Corazón abierto de Cristo es la manifestación más conmovedora de la Encarnación*», dice F. Kohn, antiguo superior de los capellanes de Paray-le-Monial.

El papa Pío XII en su encíclica sobre el Corazón de Jesús *Haurietis aquas* habla del amor sensible del corazón físico de Jesús, unido a su amor espiritual (HA 58), y escribe: «(Jesús) ha sido dotado de un corazón físico en todo semejante al nuestro, pues sin este miembro, el más excelente del cuerpo, no es posible la vida humana, ni que ésta tenga su natural actividad afectiva.» (HA 22). Según la encíclica, el Corazón del Resucitado continúa latiendo por cada uno de nosotros: «Habiendo inclinado la cabeza, entregó su espíritu. Sólo entonces su Corazón se detuvo y cesó de latir, y su amor sensible quedó como en suspenso hasta que, triunfante de la muerte, Cristo

resucitó del sepulcro. Desde entonces... su santísimo Corazón no ha cesado nunca, ni cesará ya jamás de palpar con un apacible e imperturbable latido» (HA 28), latidos del Corazón de Jesús cuya suavidad de pulsaciones sintió el discípulo bienamado al reposar sobre el pecho (el Corazón) del Salvador, y que reveló a santa Gertrudis (siglo XIII) en su experiencia extática.

El corazón como lugar de los sentimientos, afectos, pasiones y emociones

II.- En segundo lugar, el corazón designa el lugar de los sentimientos, afectos, pasiones, emociones... lo que en la Biblia se expresa con la palabra *entrañas*. Lugar también de la imaginación, de la memoria (en parte), de la sensibilidad. En el corazón herido del hombre, las pasiones y los afectos pueden ser buenos o malos: «lo que sale de la boca procede del corazón... Del corazón, en efecto, proceden malos deseos, desórdenes...» (Mt 15,18). Bien entendido que en el Señor no hay más que pasiones y afectos santísimos. Pero esta dimensión de la afectividad y de los sentimientos del corazón, Jesús la ha vivido plenamente. Esto también forma parte del misterio de su Sagrado Corazón: «Ha sido probado en todo al igual que nosotros, excepto en el pecado» (He 4,15). Ha conocido la fatiga, la tristeza, la alegría, (cf. Lc 10,21), la angustia, (en ocasiones hasta el extremo, como en Getsemaní); ha sido estremecido en lo más profundo de sus entrañas (Jn 13,21). Incluso ha conocido la cólera (una «santa cólera») que se expresaba también en sus ojos (cf. Mc 3,5 donde el Señor entorna una mirada cargada de indignación sobre sus oyentes de corazón encallecido). La *Haurietis aquas* aborda en forma muy precisa este tema de la cólera que Nuestro Señor podía experimentar:

«El Corazón de Jesucristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, sin duda alguna, ha palpitado de amor y de todo otro afecto sensible,

mas todos estos sentimientos eran tan conformes y se armonizaban tanto con su voluntad de hombre, rebosante de caridad divina, como con el mismo amor divino que el Hijo tiene en común con el Padre y con el Espíritu Santo...» (HA 22).

El corazón, sede de la inteligencia y de la voluntad

III.- Tercer «*nivel*»: El corazón es la sede de la inteligencia (y también aquí de la memoria) y de la voluntad. En efecto, hay que distinguir entre el cerebro, lugar del mecanismo de la inteligencia (inteligencia cerebral), y el corazón, lugar de la inteligencia más global (inteligencia intuitiva). A causa del pecado, a menudo hay separación entre las dos, pues el orgullo de la inteligencia cerebral no se somete fácilmente a la inteligencia intuitiva, más humilde. Esta inteligencia del corazón es primera, fundamental –integra también la inteligencia cerebral– y se caracteriza ante todo por una actitud de acogida de la verdad de la presencia de Dios, que se expresa a través de la creación y en el interior de nuestra vida. Entonces la inteligencia está sometida, antes de ser especulativa.

«El Señor ha sacado al hombre de la tierra... Él le formó una lengua, ojos, orejas y le dio un corazón para pensar. Le llenó de ciencia y de inteligencia y le hizo conocer el bien y el mal.» (Si 17,1.6-7)

¡La inteligencia del Corazón de Jesús! Podemos contemplarla en el episodio evangélico del reencuentro de Jesús en el Templo a los doce años (Lc 2,41-50). Es la primera vez que se menciona su inteligencia: «Todos los que le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas.» (v. 47) Pues es la inteligencia de su Corazón, que está del todo dirigida al Padre, tal como lo explica poco después: «¿No sabíais que debo estar en la casa de mi Padre?» El beato Columba Marmión (en *Cristo y sus misterios*) hace notar que es la primera Palabra proferida en el Evangelio por el Verbo divino encarnado; y que está precisamente orientada hacia el Padre. La inteligencia de su Corazón es enteramente oblativa. Está plenamente habitada por el Padre. En este episodio del Evangelio, la primera manifestación de la inteligencia de Jesús está unida a la primera revelación de su relación con el Padre, que constituye lo esencial del misterio de su Corazón sagrado. La curación de la inteligencia humana tiene su fuente en la santa inteligencia del Corazón de Jesús, porque es Él quien restablece el ajuste de nuestra relación con el Padre y con la creación.

Una palabra sobre la voluntad que encuentra también su principio en el corazón humano. En lo que concierne a la voluntad de Cristo, el episodio de su

agonía en Getsemaní es el más significativo y el más conmovedor (Mt 26,39.42). Cuando todas sus facultades humanas están como engullidas por una angustia mortal, Él saca de lo más profundo de su Corazón, todo el amor para con el Padre y para con su voluntad... así como el amor para con nosotros; el deseo ardiente de nuestra salvación, y acepta beber el cáliz. Esto nos enseña, entre otras cosas, que el amor no es sólo sentimiento, sino decisión amante que pone en movimiento a la voluntad. Ésta no es voluntarismo, sino ejercicio de la libertad acompañado por la gracia.

El corazón como el lugar de nuestra identidad, de nuestro «yo» verdadero, el lugar de nuestra unicidad

IV.- «Descendiendo» cada vez más en profundidad, consideramos ahora el corazón como el lugar de nuestra identidad, de nuestro «yo» verdadero, el lugar de nuestra unicidad. Allí donde somos lo más «verdaderos». A causa de las heridas del pecado, nosotros no somos (al menos, en toda ocasión) capaces de transparencia en nuestras relaciones cara a cara con los demás. A menudo camuflamos nuestro verdadero «yo» detrás de falsas apariencias, una fachada, un papel que interpretamos, una imagen que nos damos, también ante nosotros mismos. Para ser de veras nosotros mismos debemos descender en nuestro corazón como el hijo menor de la parábola (Lc 15,17); allí donde Dios mismo nos ilumina... «porque el hombre mira la apariencia, pero el Señor mira el corazón» (1 S 16,7) Penetrar en lo hondo de nuestro corazón, es leer en él a la vez nuestra riqueza y nuestra miseria con una mirada iluminada por la luz y la misericordia de Dios.

El Corazón abierto de Jesús nos revela lo más profundo del misterio de su identidad única: verdadero Dios y verdadero hombre. Según Catalina de Siena, el «secreto del Corazón» de Jesús es la unión de las dos naturalezas en Cristo. Es la revelación que recibe el apóstol Tomás al entrar en contacto con el costado del Salvador resucitado: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28).

Una dimensión esencial de su identidad se desvela también cuando el mismo Señor habla de su Corazón (el único pasaje en que habla): «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). En los Evangelios se descifra el amor divino y humano de su Corazón a través de todas sus palabras, sus actitudes de compasión, sus gestos de perdón, sus milagros, etc.

Catalina de Siena en sus «diálogos», pregunta un día al Señor por qué su Corazón ha sido traspasado cuando ya estaba muerto sobre la cruz y ya todo estaba cumplido (cf, Jn 19,30). Jesús le responde que

su amor por los hombres es infinito, mientras que los dolores y las torturas que sufría sobre la cruz eran finitas (es decir, limitadas). Así Él ha querido que su Corazón fuera abierto para significar lo infinito de su amor «mucho mejor de lo que podía hacerlo un dolor finito». (En realidad, el dolor de Cristo durante la Pasión es insondable. Hay que considerar el límite del que Él habla, con respecto al tiempo: en efecto, como para todo ser humano, su muerte pone fin a los tormentos.) El corazón abierto del Redentor permanece para siempre como el signo de lo que constituye profundamente su identidad: Él es el Verbo de Dios que ha querido amarnos con un corazón de hombre. (cf. *Gaudium et spes*, 22)

La dimensión «sagrada» del corazón humano: santuario íntimo de la presencia de Dios en todo hombre, creyente o no.

V.- Por último, llegamos a lo que se podría llamar la dimensión «sagrada» del corazón humano: es el santuario íntimo de la presencia de Dios en todo hombre (creyente o no). Lugar permanente y secreto, tan a menudo escondido, lugar del diálogo con Dios. Santuario en el que una pequeña llama siempre está encendida (salvo voluntad perversa de extinguirla). A este nivel, es el lugar del amor verdadero, porque los amores divino y humano se juntan allí. Amor más fundamental y esencial que el amor afectivo y que, con todo, también lo incluye. Es en definitiva el lugar de la conciencia. «La conciencia es el centro más secreto del hombre, el santuario donde el hombre está solo con Dios y donde su voz se hace oír.» (GS 16)

El Sagrado Corazón de Jesús es el santuario por excelencia, el «Santo de los Santos» del nuevo Templo que es Él mismo. (En el Templo de Jerusalén el Santo de los Santos era el lugar más sagrado en que se veneraba la presencia invisible de Dios. Sólo el sumo sacerdote podía penetrar en él una vez al año, el día del gran perdón (Yon Kippur). En cuanto a la designación de Jesús como nuevo Templo, véase Jn 2,19-22.

En el siglo XIII, durante una aparición, san Juan, mostrándole el Corazón de Jesús, debía decir a la mística santa Gertrudis: «He aquí el Santo de los Santos que atrae a sí todo el bien del cielo y de la tierra». Tabernáculo viviente, el Corazón de Cristo es el lugar de la presencia del Dios Único en tres personas: «El amor que arde en el Corazón de Jesús es sobre todo el Espíritu Santo, en el cual el Dios Hijo se une eternamente al Padre. El Corazón de Jesús, el corazón humano de Dios-Hombre, está prendido por la llama viva del amor trinitario...» (Juan Pablo II, *Angelus*).

Durante su vida terrestre, en este Corazón sagrado se «descifra» el diálogo secreto y permanente del Hijo con el Padre; diálogo inefable del que se hace eco el Evangelio (cf. Lc 6,12). Contemplando este Corazón-Santuario se puede, cada uno puede, entrever el misterio de la unión del Padre y del Hijo: «Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti...» (Jn 17,21); así como nuestra propia unión con el Hijo y por Él con el Padre: «Que ellos sean también uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, a fin de que sean perfectos en la unidad, y que el mundo reconozca que tú me has enviado, y que tú les has amado a ellos como tú me has amado a mí.» (Jn 17,21 y 23).

La adoración eucarística, reparación de los olvidos y ultrajes a nuestro Salvador

La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo.

Juan Pablo II: Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, núm. 18

La Liga de san Pío V y Nuestra Señora del Rosario*

JOSÉ LUIS GANUZA CORTINA

SANTO Domingo y posteriormente los predicadores de su Orden fueron introduciendo en la Iglesia una forma de devoción a María consistente en rezar series de avemarías y contemplar los misterios de Cristo y de la Virgen.

Esta devoción se generaliza en el siglo xv en la Iglesia universal, avalada con indulgencias pontificias y tomando forma definitiva.

Pero la instauración de la fiesta del Rosario dentro de la liturgia católica tienen su arranque en un hecho verdaderamente trascendental de la historia de la Cristiandad, en la que Virgen intervino como principal protagonista del lado de sus devotos. Este fue la batalla de Lepanto contra los turcos, en la que la armada cristiana obtuvo una total victoria el 7 de octubre de 1571.

El 17 de mayo del año siguiente san Pío V instituyó la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias en acción de gracias por la eficaz protección de María.

Su sucesor, Gregorio XIII, da a la fiesta el nombre de Nuestra Señora del Rosario y la coloca en el primer domingo de octubre. San Pío X la fijó definitivamente el 7 de octubre en la manera que hoy se celebra. Conozcamos algunos datos de aquella histórica cruzada.

En el año 1552 escribía san Ignacio por mediación de su secretario el padre Palanca unas cartas al padre Jerónimo Nadal, que se encontraba en Italia, animándole a que su contenido llegase a conocimiento del emperador.¹

Una preocupación quitaba el sueño a ese gran santo en aquella época: la influencia de la expansión turca en el Mediterráneo y sus consecuencias en el desmoronamiento de la Cristiandad. Una solución apuntaba: la creación de una escuadra cristiana que se enseñorease del mar. Entre las razones empapadas de espíritu de defensa y expansión de la fe pesaban fundamentalmente las continuas correrías de los turcos, que hacían cautivos a multitud de cristianos, con grandísimo peligro de su fe, y el cortar el paso a la alianza de Francia con los turcos, al igual que lo hacía con los protestantes, que por pugna con la hegemonía española estaba causando el naufragio de la Cristiandad.

Las proféticas observaciones de san Ignacio so-

bre la situación política de su época incluían la perspicacia respecto a la posición de Venecia a la par que contaban con la ayuda de Portugal, Génova y el pontífice.

Fueron verdaderamente laboriosas las gestiones de san Pío V para poner de acuerdo a las naciones cristianas.

Venecia, que en principio era favorable a un acuerdo con los turcos para mantener su poderío comercial y por influencia francesa, al verse en grave situación por el asedio de Chipre que acabó con la caída de Famagusta, acordó colaborar.

Tras laboriosas gestiones el Papa pone de acuerdo a los participantes en la Liga

EN un consistorio de 25 de mayo se leyeron los artículos de la Liga, los cuales fueron aprobados por todos los cardenales y luego pasados al Papa y los embajadores de España y Venecia.

»Grande fue el gozo de Pío V por haberse llevado a feliz término la triple alianza. En memoria de este importante suceso hizo acuñar una medalla conmemorativa y publicó un jubileo general para atraer la bendición del Dios de las batallas sobre el ejército cristiano. Tuvo parte principalmente en las procesiones de rogativas.»²

D. Juan de Austria manda la escuadra cristiana. Preparativos para el combate

ESTIMABA mucho el santo Pío V al padre Cristóbal Rodríguez y le dio para Don Juan de Austria el encargo de repetirle muy en privado y con la mayor insistencia lo que ya le había hecho saber por diversos conductos: que no titubease en dar la batalla, porque en nombre de Dios le aseguraba la victoria. Llevábale también en nombre del papa un «lignum crucis» de una pulgada de largo y media de ancho, en un relicario tosco de plata con dos ángeles a los lados: era deseo del Pontífice que lo llevase el Sr. D. Juan sobre el pecho en el momento de la batalla.

*Reproducido de *Cristiandad*, núm. 536, de octubre de 1975.

1. Véase *Cristiandad*, núm. 9, de 1 de agosto de 1944.

2. Ludovico Pastor, *Historia de los papas*, Barcelona, Gustavo Gili, 1931, vol. XVIII, pág. 346).

Mientras tanto, promulgaba monseñor Odescalchi un jubileo plenísimo que concedió el Santo Padre a todo el que fuese en armada confesado y comulgado y rogase a Dios por la victoria contra los turcos. Ayunó todo el ejército durante tres días para prepararse a ganar aquellas gracias espirituales, y no quedó soldado, marinero ni galeote que no confesase y comulgase y recibiese de manos del nuncio un agnus Dei de cera, bendecido por el Papa, dando el primero y principal ejemplo el generalísimo don Juan de Austria con todos los jefes y oficiales.

Organizóse luego una solemne procesión de rogativas y revestido el nuncio de pontifical, concedió desde el altar mayor a todos los que habían de combatir las mismas gracias que concedía la Iglesia a los conquistadores del Santo Sepulcro (3)

La gran victoria cristiana

YA se llegaban a tiro de cañón, mandó su alteza don Juan de Austria enarbolar un crucifijo y muchas imágenes de Nuestra Señora, y con grandísima devoción, él y todos, puestos de rodillas, hicieron oración a Dios, y a su Santísima Madre... Los turcos, además de tener mayor armada, tenían favorable el viento; pero cambió cuando comenzaba el combate. Seis de nuestras naves rompieron el círculo que formaba la armada enemiga. Embistiéronse con furia unas contra otras, y la capitana turca metió el espolón en la nuestra, con peligro de hundirla. Pero en vez de saltar los turcos a la capitana española, los nuestros saltaron a la turca, y un soldado español mató con su espada al Bajá, le arrebató la bandera, y le cortó la cabeza. Con esto se decidió por los cristianos la victoria.» (Gonzalo de Illescas.)

* * *

Murieron más de veinte mil turcos; se recuperaron 16 galeras venecianas, se rescataron más de doce mil cautivos cristianos, se echaron a pique 40 gale-

3. P. Luis Coloma, O.C. vol. XIV, pág. 50.

ras turcas y se cogieron 160, más 20 galeones; se hicieron 3460 prisioneros turcos; entre ellos, los hijos del Bajá, y gran parte de la nobleza de Constantinopla.

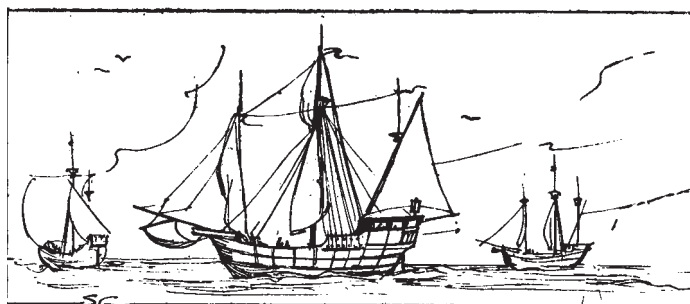
Por muchas razones se ha de atribuir esta victoria a la Santísima Virgen. San Pío V, arrebatado en éxtasis, lo supo desde Roma, y no dudó en señalar el Rosario como factor decisivo, pues no sólo en la ciudad sino también —al mismo tiempo—, en muchas partes del orbe, se cantaba por las calles la Corona de la Virgen. Instituyóse la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Gregorio XIII, en su bula *Monet Apostolus*, en 1573, dos años después de la batalla hace notar que el mismo día de la victoria contra los turcos, «todas las cofradías del rosario, establecidas por todo el mundo, salieron procesionalmente... y elevaron a Dios piadosas oraciones, las cuales hay que creer que fueron muy provechosas para conseguir dicha victoria por intercesión de la Santísima Virgen, y hemos juzgado que haríamos una buena obra, si para conservar el recuerdo de tan gran victoria, evidentemente concedida por el cielo, y para dar gracias a Dios y a la Santísima Virgen, instituyésemos una fiesta solemne denominada del Rosario.»

Don Juan de Austria, en cumplimiento del voto que hizo a la Virgen, fue en peregrinación a Loreto en el invierno de 1576, con diez mil cristianos cautivos, que dejaron allí sus hierros y cadenas. Con ellos se construyen las verjas de doce capillas laterales. Y envió a Guadalupe el fanal de la capitana turca y a Nuestra Señora de Montserrat llevó personalmente otro farol y trece banderas tomadas al enemigo.

El sumo pontífice Pío V, antes de la batalla, por medio de Odescalchi había enviado al capitán general de la flota un rosario y entregándosele el Nuncio dijo: «in hoc signo vinces» (con esta señal vencerás). Y asimismo una bandera, con la Virgen como blasón, y pintada la misma leyenda: «In hoc signo vinces».

Con razón el Senado veneciano, en el cuadro de la batalla del palacio del Dux había puesto esta inscripción: «Ni las tropas, ni las armas, ni el caudillo, sino la Virgen del Rosario, nos ha dado la victoria».



El Santo Rosario, arma poderosa contra el laicismo

Pastoral del obispo mártir Dr. Irurita

Con ocasión del mes de octubre, mes dedicado al santo Rosario, nuestra revista, con escasas excepciones, ha publicado cada año algún artículo histórico, doctrinal o más explícitamente piadoso de tan gran devoción, que tanto han alabado los pontífices y los santos.

En la presente ocasión creemos oportuno reproducir una pastoral del que fue nuestro obispo mártir, el doctor Manuel Irurita Almádoz, publicada a mediados de septiembre de 1935 como preparación para el inmediato mes del Rosario de aquel año.

Sus palabras van dirigidas a los diocesanos barceloneses en tan difíciles momentos, cuando la secularización seguía avanzando en la sociedad española. La actualidad de dicha pastoral es indiscutible, precisamente cuando concluimos el año que el papa ha dedicado al Rosario, y sus palabras de maestro de la fe y de la moral son perfectamente aplicables a nuestra situación actual.

El Rosario es un arma espiritual de valor incalculable. Posiblemente, la única que puede ayudarnos a mantener la esperanza en una futura recristianización. El obispo Irurita unía en esta pastoral la devoción del Rosario con la festividad de Cristo Rey, que en aquel tiempo se celebraba el último domingo de octubre. Esto le da pie para recordar la doctrina del papa entonces reinante, Pío XI, a propósito de la instauración de dicha fiesta como el remedio eficacísimo para luchar contra la «peste del laicismo», como decía el papa en su encíclica *Quas primas*.

Venerables Hermanos y muy amados hijos:

Para moveros al rezo del Santo Rosario, particularmente durante el mes de octubre, queremos presentarlo a vuestra consideración como un arma poderosa contra el laicismo, que pretende enseñorearse de nuestra amada Patria.

EL LAICISMO ES IMPÍO, de muy funestas consecuencias para la misma sociedad, y, además, antiespañol.

Es impío: el laicismo va contra los derechos de Dios, pretende desterrarle de la sociedad, de las leyes e instituciones públicas; y va contra los derechos de la Iglesia, en quien ve a una enemiga suya, y por eso atenta contra su libertad e independencia, y la despoja de los medios y recursos de que necesita para realizar su misión, que es procurar la gloria de Dios por la salvación de las almas.

ES ANTISOCIAL, de funestísimas consecuencias para la misma sociedad: «El reino de los impíos es la ruina de los hombres», se dice en el libro sagrado de los Proverbios (XXIII, 12). Y más adelante: «Cuando se multiplican los justos, se llena de gozo el pueblo; cuando los impíos toman las riendas del gobierno, el pueblo tendrá que gemir» (XXIX, 2). No se puede atentar contra Dios, sin atentar al mismo tiempo contra la sociedad, de la cual es autor y

conservador, centro de su vida. No hay edificio sólido sin fundamento, ni sociedad bien ordenada y consistente sin Dios. Cuando de un pueblo se ausenta Dios, que es caridad y santidad, aparecen los egoísmos, las rebeldías, las concupiscencias desordenadas, la sensualidad en todas sus más asquerosas manifestaciones.

ES ANTIESPAÑOL, como lo declara el Sumo Pontífice en su encíclica *Dilectissima Nobis*, diciendo: «Mas, si para cualquier pueblo es, sobre impía, absurda la pretensión de querer excluir de la vida pública a Dios, Creador y pródigo Gobernador de la misma sociedad, de un modo particular repugna tal exclusión de Dios y de la Iglesia de la vida de la nación española, en la cual la Iglesia tuvo siempre y merecidamente la parte más importante y más benéficamente activa, en las leyes, en las escuelas, y en todas las demás instituciones privadas y públicas». La religión es la entraña viva de nuestra patria, el alma de su historia, la fuente inexhausta de sus grandezas y heroísmos legendarios. El catolicismo la fundó, el catolicismo la engrandeció, el catolicismo la ha salvado de las graves crisis y peligros, así interiores como exteriores. Por tanto, los laicos que pretenden su apostasía, separándola de Dios y de su Iglesia, no son verdaderos españoles,



no pueden llamarse “españoles por la gracia de Dios”».

Debemos, por tanto, combatir el laicismo con todas nuestras fuerzas, con los medios más eficaces. Para eso, quiere especialmente el Santo Padre que se organicen las huestes valerosas de la acción católica. Para eso instituyó también la fiesta de CRISTO REY, como lo declara en la Encíclica *Quas primas*, por estas palabras: «Si ahora mandamos que CRISTO REY sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio efficacísimo a la peste que hoy infecciona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos el llamado laicismo, con sus errores y sus abominables intentos... Para condenar y reparar de alguna manera esta pública defeción, producida, con tanto daño de la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de CRISTO REY entre todas las gentes?»

EL ROSARIO, ARMA PODEROSA CONTRA EL LAICISMO. Juntamente con eso, el Santo Rosario es un arma poderosa contra el peligro del laicismo. La Iglesia, hablando en la liturgia de la Virgen le dice: «Alégrate, Virgen María, tú sola has destruido todas las herejías en el universo mundo». Y el Santo Rosario ha sido cabalmente desde su aparición el arma que ha esgrimido contra los adversarios de nuestra fe. En sus Misterios nos presenta ya el Santo Rosario una síntesis completa de las verdades que hemos de creer; y el que devotamente le considerare al rezado, no es posible que no sienta avivarse su fe y encenderse su caridad, mayormente concurriendo en abundancia la gracia divina que en el Rosario se pide con oraciones vocales más augustas y eficaces.

Judit triunfó de Holofernes, cortando la cabeza al golpe de la espada, Jael triunfó de Sísara, traspasando sus sienes con un clavo. La Virgen María, fi-

gurada en esas mujeres bíblicas, defiende nuestra fe y triunfa de sus enemigos con el arma del Santo Rosario, ¿no fue ésta por ventura, la que consiguió las victorias contra los albigenses, las de Lepanto y otras más contra los turcos? Así lo han sentido los Sumos Pontífices al instituir en agradecimiento la festividad del Santo Rosario; y no han cesado de fomentar esa devoción y de recomendada, además como medio poderoso para atraer sobre sí la protección de la Virgen y merecer toda suerte de beneficios, así públicos como particulares.

ELOGIOS DE LOS PAPAS AL ROSARIO. Queremos consignar aquí algunos elogios pontificios, según los trae León XIII en su encíclica *Supremi Apostolatus*: «Urbano IV aseguró que el Rosario proporcionaba todos los días ventajas al pueblo cristiano; Sixto V dijo que este modo de de orar cede en mayor honra y gloria de Dios, y que es muy conveniente para conjurar los peligros que amenazan al mundo; León X declaró que se había instituido contra los heresiarcas y las perniciosas herejías, y Julio III le apellidó loor de la Iglesia. San Pío V dijo también del Rosario que, con la propagación de estas preces, los fieles principiaron a enfervorizarse en la oración y llegaron a ser hombres distintos de lo que antes eran; que las tinieblas de la herejía, se disiparon, que la luz de la fe brilló en su esplendor. Por último, Gregorio XIII declaró que santo Domingo había instituido el Rosario para «aplacar la ira de Dios e implorar la intercesión de la bienaventurada Virgen María». El mismo León XIII vio en el Rosario el remedio más oportuno contra los errores y males, que afligían a la Iglesia, y ordenó que se rezara pública y solemnemente en las iglesias durante el mes de octubre, y excitó a todos los cristianos a recitarlo en el seno de sus familias y perseverar en tan santo ejercicio.

ESPERANZAS SOBRE EL PORVENIR CATÓLICO DE ESPAÑA. ¿Por qué no hemos de confiar también nosotros en que la Virgen del Rosario nos alcanzará la victoria contra el laicismo, esa peste heretical de los tiempos modernos, sobre todo si acudimos a sus pies con la súplica fervorosa y constante del Santo Rosario? ¿Por qué no hemos de esperar que vendrán tiempos mejores, en que, barrido el laicismo de nuestra Patria, brille de nuevo y aún con mayores fulgores la religión católica en las ideas, sentimientos e instituciones y costumbres públicas?

El Sumo Pontífice en su citada encíclica *Dilectissima nobis*, nos exhorta a todos a tomar parte en esta cruzada espiritual contra el laicismo: «Queremos aquí de nuevo afirmar, nos dice, nuestra viva esperanza de que nuestros amadísimos hijos de España, penetrados de la injusticia y del daño de tales

medidas, se valdrán de todos los medios que, por naturaleza y por ley, tienen a su alcance, a fin de inducir a los mismos legisladores a reformar disposiciones tan contrarias a los derechos de todo ciudadano y tan hostiles a la Iglesia, sustituyéndolas con otras que sean conciliables con la conciencia católica... Recomendamos de nuevo a todos los católicos de España, que, dejando a un lado quejas y particulares intereses y subordinando el bien común de la patria y de la Religión al propio parecer, se unan todos disciplinados para la defensa de la fe y para alejar los peligros que amenazan a la misma sociedad civil. De un modo especial invitamos a todos los fieles que se unan a la Acción Católica, tantas veces por Nos recomendada». Y termina el Santo Padre confiando para esto, sobre todo, en la inmensa bondad del Señor y en la eficacia de la oración.

Así, amados diocesanos: sin la oración no haremos nada. Sólo Dios puede otorgarnos tan grandes bienes, y nos lo otorgará seguramente si así lo pedimos por mediación de la Virgen del Rosario.

Pedidle que confunda a los enemigos de su Santa Iglesia, que haga vanos los esfuerzos diabólicos de las sectas tenebrosas empeñadas en arrebatarnos la fe. Pedidle que ilumine las inteligencias de todos para que comprendan cuán detestable es el laicismo, y enderece y una todas las voluntades, a fin de que luchen bizarramente contra él hasta desarraigado de nuestra tierra, sin que quede el menor vestigio.

Rezad el Santo Rosario con esta intención apostólica, particularmente en el mes de octubre. Y puesto que el laicismo no gusta de manifestaciones externas y públicas de religión, para obrar más eficazmente contra él, asistid a las fiestas y procesiones

del Rosario y rezadlo en actitud muy devota, llevando el rosario en la mano, pues así mereceréis más de la Virgen, edificaréis a los demás y ayudaréis más a aplastar la cabeza del maldito laicismo.

EJEMPLO. - Cuéntase en la vida de san Francisco de Paula, que, siendo todavía niño, como rezase el Rosario, en un día de mucho frío, arrodillado y con la cabeza descubierta, díjole su madre que se pusiese la gorra. Excusóse el niño respetuosamente, pero como ella insistiera: «Madre mía, le respondió con cordura superior a su edad, ¿me mandaría usted estar con la cabeza cubierta si este momento hablara con la reina de Nápoles? Pues, ¿acaso no es harto mayor la Reina del Cielo, con la cual estamos hablando ahora?»

EXHORTACIÓN. - Amados hijos: Rezad el Santo Rosario con este espíritu de fe, perseverad en ese ejercicio todos los días de vuestra vida. Y conseguiréis muchas gracias para vosotros y para los demás. Y cuando llegue vuestra última hora, el Rosario será vuestro consuelo, como lo fue para el joven novicio jesuita san Estanislao de Kostka, el cual estando para morir, estrechaba amorosamente contra su pecho una imagen de María y tenía en la mano un Rosario. Un padre le preguntó: «¿Para qué quieres tener ese Rosario en la mano si no lo puedes rezar?» «Me sirve de gran consuelo, dijo el santo joven, porque es cosa de mi Madre.» Esta es nuestra fervorosa súplica, venerables y amados hijos. Que la Reina del Santísimo Rosario os alcance la gracia de obsequiarla cada día con esa devoción que tanto le agrada, asegurando así la salvación de vuestras almas.

Barcelona, 12 de setiembre de 1935.

El Rosario, recomendado por el Magisterio y arraigado en el Pueblo de Dios

Con la convocatoria del Año del Rosario y la publicación de la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, mediante la reiterada propuesta del Rosario, volví a proponer la contemplación del rostro de Cristo *desde la perspectiva mariana*. Efectivamente, esta oración tradicional, tan recomendada por el Magisterio y tan arraigada en el Pueblo de Dios, tiene un carácter marcadamente bíblico y evangélico, centrado sobre todo en el nombre y el rostro de Jesús, contemplando sus misterios y repitiendo las avemarías.

Juan Pablo II: Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, núm. 9



Pequeñas lecciones de historia

San Vicente de Paúl y el abate de Saint-Cyran, padre del jansenismo: la caridad y la soberbia (II)

GERARDO MANRESA

Las opiniones que iba oyendo Vicente de la boca de su amigo eran cada vez más alarmantes. Esto hizo que poco a poco se fuera alejando de él, a pesar de que Vicente quería mantener un vínculo de unión por el que siempre fuera posible volver a llegar a él para darle una mano, si Saint-Cyran lo admitía.

Un día, la conversación recayó en un punto de doctrina defendido por Calvino. A Saint-Cyran, esta doctrina le parecía correcta y ante la objeción de Vicente de que estaba condenada por la Iglesia, el abate replicó que el problema era que Calvino no la supo defender correctamente. «¿Va a pretender que le crea más a usted que a los prelados y los más grandes teólogos que se reunieron en el Concilio de Trento y decidieron esta condenación?», inquirió Vicente. «No me hable de este concilio. El de Trento fue un concilio del Papa y de los escolásticos, donde no hubo más que cábalas e intrigas», fue la respuesta del abate.

De paso hacia la catedral de Nôtre-Dame, en París, Vicente pasó por casa del abate, el cual le hizo esperar. Al verlo, Vicente le dice:

«Debe haber escrito algo de lo que el Señor le ha inspirado en la oración de la mañana». Le contestó el abate: «Confieso que Dios me ha dado y me sigue dando grandes luces. Dios me ha dado a conocer que la Iglesia ya no existe».

Al ver la cara de asustado que ponía Vicente, el abate continuó: «Me ha dado a entender que hace quinientos o seiscientos años que ha dejado de existir. Jesucristo edificó su Iglesia sobre roca, pero hay tiempo de edificar y tiempo de destruir. Ella era su esposa, pero ahora es una adúltera y prostituta».

«¿Es este el respeto que está usted obligado a tener a la verdad? Créame, desconfíe de las falsas luces de su espíritu, de otra suerte se extraviará por los caminos del error», le contestó Vicente de Paúl.

¿Pero, cómo iba a hacer caso un abate con una «gran formación teológica» a un sacerdote porquerizo, que era un «zoquete», como le llamó un día el abate a Vicente?

El santo encontró un día al abate enfrascado en la lectura de la Biblia y esperó para no interrumpirlo. Al poco, levantó la cabeza, vio al santo y le dijo: «Vea, señor Vicente, lo que estoy leyendo: es la Sagrada Escritura; Dios me ha dado sobre ella tantas y tan grandes luces, que es más luminosa en mi espíritu que en sí misma».

En 1635, terminaron las visitas de Vicente al abate

y decía a sus discípulos y amigos que se alejaran de su contacto, pues les podía hacer daño. El padre Olier, del seminario de San Sulpicio, los jesuitas y el obispo de Langres, Zamet, también estaban alarmados.

La última llamada al buen sentido la hizo Vicente la víspera de la marcha de Saint-Cyran a Poitiers, donde el obispo le había ofrecido una casa de reposo para que se retirara a descansar una temporada. Era el mes de setiembre de 1637. El santo, con la excusa de ir a despedirse, fue a verle y poco a poco fue entrando en el tema de las acusaciones que se le hacían, entre ellas la diferencia entre la Iglesia primitiva y la actual y la dilación de la absolución sacramental de los penitentes, haciéndole ver la falsedad del terreno que pisaba. Conociendo a Vicente de Paúl nos imaginamos la delicadeza y respeto con que debería decírsele, incluso con miedo a la reacción del creído teólogo.

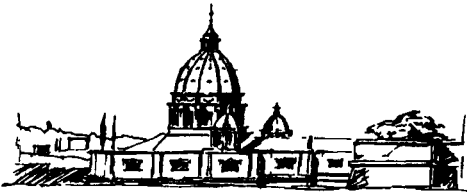
El abate, en un momento determinado le preguntó qué entendía él por Iglesia, a lo que contestó: «La congregación de los fieles, bajo nuestro santo padre el Papa». A lo que Saint-Cyran respondió: «De eso entiendo usted menos que de alto alemán. Es usted un ignorante; su ignorancia es tan supina que me asombra que su congregación lo aguante como superior».

Al exabrupto del abate contestó Vicente de Paúl con una frase que le define: «Más asombrado estoy yo, señor; mi ignorancia es todavía mayor de la que usted imagina».

A pesar de todo, Vicente, entrenado en la escuela salesiana, no quería consumir la ruptura y le ofreció un caballo para el viaje, con la esperanza de volverle a ver. Saint-Cyran lo aceptó.

Las teorías de Saint-Cyran iban extendiéndose, no sólo por las principales familias de París, sino por los medios clericales. El Oratorio del cardenal Bérulle se había infectado y ello movió a Richelieu a perseguir al abate. Primero le ofreció el obispado de Bayona para alejarlo de París, y como no lo aceptó, en el mes de mayo de 1638 lo encerró en la prisión de Vincennes. Ocho días antes del arresto moría en Yprès, el obispo Jansenio. Su libro *Augustinus* aún no se había publicado.

Mientras, Vicente de Paúl, se preocupaba de que las doctrinas que había extendido Saint-Cyran y que, a través del monasterio de Port-Royal, iban llegando a muchas familias piadosas de París y otras ciudades francesas, tuvieran la menor influencia posible. La Iglesia aún no había hablado.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

«La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio»

CON este lema se inauguró el pasado 10 de octubre en la ciudad mejicana de Guadalajara el 48° Congreso Eucarístico Internacional, primero de este tercer milenio.

El cardenal Joseph Tomko, legado pontificio en el Congreso, presidió la solemne celebración eucarística que dio inicio, tras el repique general de las campanas de todas las iglesias de la archidiócesis, a los diversos actos que se han desarrollado durante una intensa semana en el llano guadalajareño.

«Venimos de un mundo que se ve turbado por sombras tenebrosas: guerras conocidas y olvidadas, declaradas o solapadas; violencias y conflictos de diversa índole; el ataque ideológico al matrimonio y a la familia, y a la misma vida humana desde su concepción hasta la muerte natural, ahora amenazada también con la eutanasia de los ancianos, de los enfermos e incluso de los niños recién nacidos con un homicidio legalizado; el oscurecimiento de la conciencia moral; la pérdida de la capacidad de amar fiel y constantemente; el terror que se transforma en horror; la pérdida del sentido del pecado, que denota la pérdida del sentido de Dios; la «apostasía silenciosa» de Cristo de algunas regiones cristianas; un laicismo que excluye a Dios de la vida social e incluso de la conciencia privada; un agnosticismo que no deja espacio a la religión y resulta peor que el ateísmo, mientras proliferan manifestaciones de una religiosidad sectaria y fanática, con frecuencia fundamentalista. (...) Venimos de este mundo a buscar la luz para nuestra vida, la certeza para nuestras dudas, la valentía para dar testimonio de nuestra fe a nuestros hermanos y hermanas que se encuentran en dificultades, el alimento para nuestra vida y la de nuestros semejantes. «Queremos ver tu rostro, Señor». Con Pedro, también nosotros queremos manifestar y profesar nuestra fe en Jesucristo: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Jesús mismo declaró: «Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8, 12). Y también: «Yo soy el pan de la vida» (Jn 6, 48). Luz y vida, he aquí lo que nuestro mundo necesita.»

Estas palabras del cardenal Tomko constituyen el resumen más acabado del motivo y esperanza de

este 48° Congreso Eucarístico que quiere proponer a los fieles de todo el mundo la Eucaristía como el don por excelencia de Cristo a la Iglesia, al hombre y al mundo.

Uno de los actos más emocionantes del Congreso fue el paso por las calles de la ciudad del Santísimo Sacramento, multitudinaria procesión eucarística en que Jesús sacramentado fue aclamado por cerca de un millón y medio de personas. Acompañado durante todo el recorrido por el incesante tañido de las campanas de los cientos de templos de Guadalajara, el pueblo mejicano volvió a dar muestra de su gran amor y devoción hacia Jesucristo. La procesión, pese al retraso que llevaba sobre el horario previsto, se vio obligada por los fieles a detenerse ante el Templo Expiatorio de Guadalajara, donde los participantes en el encuentro mundial de la Adoración Nocturna saludaron entusiasmados a la Hostia Consagrada al grito de «¡Cristo visita nuestro hogar!».

El domingo 17 de octubre, en conexión vía satélite desde la basílica de San Pedro del Vaticano, Juan Pablo II clausuraba el Congreso Eucarístico e inauguraba el Año de la Eucaristía para todo el orbe cristiano, año que concluirá en octubre de 2005 con motivo del sínodo de obispos del mundo.

Entre las primeras recomendaciones para este Año Eucarístico el cardenal Tomko propuso las conclusiones del Congreso:

1. Urge resaltar la importancia de la Eucaristía dominical, parte central del Congreso.
2. Resaltar nuevamente la fiesta y la procesión del Corpus Christi.
3. Revalorar la adoración eucarística en todas sus formas, incluida la Adoración Nocturna.
4. Buscar la Comunión frecuente y digna, acompañada del sacramento de la Reconciliación.
5. Fortalecer el espíritu de misión que nace de la Eucaristía.
6. Compartir con los pobres la mesa y la Misa, en servicio de caridad; unir el compromiso espiritual con la necesidad del pobre.
7. Renovar en la Eucaristía, la fe, el sacrificio, la comunión y el servicio, como un signo para la Iglesia católica y el mundo.

En la Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine* de Juan Pablo II para este Año de la Eucaristía –que publicamos íntegra al principio de este número–, el Papa propone, en la línea del Concilio Vaticano II y del gran Jubileo de año 2000 y en continuidad con el Año del Rosario, el recurso a la divina Eucaristía como medio providencial para afrontar el conjunto de oscuras sombras de violencia, sangre y muerte que nos siguen entristeciendo. Contra el naturalismo dominante en la sociedad, sobrenaturalismo. Un sobrenaturalismo que es luz, porque en el misterio eucarístico se irradia la presencia de Cristo, Luz del mundo y «llama de amor viva», y que es «vida», porque en la Eucaristía Jesús se nos ha entregado como Pan de la vida.

Persecución religiosa en España

DESDE el Vaticano, el cardenal Renato R. Martino advertía de la constante labor contra la Iglesia católica que poderosos grupos de presión [lobbies] culturales, económicos y políticos están realizando en todo el mundo y, especialmente, en la cristiana Europa. Movidos sobre todo por el prejuicio hacia todo lo que es cristiano no dudan en despreciar pública y privadamente a Dios.

Dentro de este plan contra Dios y desterrado ya su nombre y sus derechos de la vida pública, ahora le ha tocado el turno a la familia en tanto que institución natural que debe a Dios su ser. ¡Qué incomprensible resulta este ataque a la familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad, y al mismo hombre, imagen y semejanza del Creador, si no es visto como manifestación de la soberbia humana y de ese amor desordenado a uno mismo que llega hasta el desprecio a Dios!

Y España no es en absoluto ajena a este plan. El Gobierno, con su política progresista, laica y moderna, no ha dudado en ponerse a la cabeza de la persecución religiosa contra los católicos españoles. Hoy más que nunca resulta patente aquel cierto juicio de Donoso Cortés de que detrás de toda cuestión política hay una cuestión religiosa. El arzobispo de Valencia, monseñor Agustín García Gasco, manifestaba recientemente su preocupación por el crecimiento durante los últimos meses de una planificada corriente de opinión antirreligiosa, de laicismo intolerante contra los cristianos, de nacional-laicismo, que se ha materializado en toda una ráfaga de medidas gubernamentales claramente contrarias a la concepción cristiana de la vida.

La familia en España es víctima del más feroz ataque. Iniciado con la introducción del divorcio y continuado con el aborto (el 70% de las parejas que han abortado acaban separándose), ha dado ahora

un salto adelante con un nuevo proyecto de ley para agilizar el divorcio, destruyendo incluso su carácter de contrato civil y permitiendo el repudio. Esta destrucción del verdadero matrimonio no podía dejar de venir acompañada por la introducción de las más perversas formas de unión entre individuos (no ya personas) de cualquier tipo así como el aumento de malos tratos en las familias, de la perdición de la juventud o de los suicidios. Además, con el fin de impedir cualquier posibilidad de educación en la verdad y en el respeto a la vida y a la naturaleza, el Gobierno intenta negar la libertad de educación, derecho inalienable de todo padre.

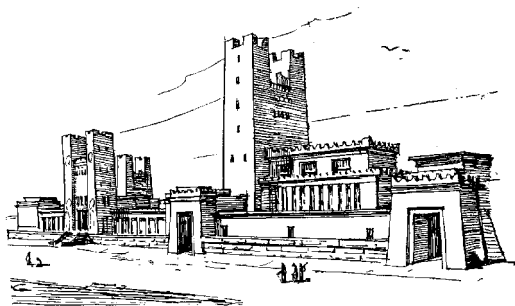
Y como el matrimonio es santuario sagrado de la vida, el respeto a la vida ha dejado de tener sentido. La eutanasia y el asesinato de niños son objetivos que no tardarán en ser conseguidos y aplaudidos como logros para una libertad que cada día esclaviza más. Basta ver el acuerdo entre las autoridades judiciales holandesas y la clínica universitaria de Groningen, firmado el pasado mes de agosto, que autoriza un protocolo de experimentación orientado a extender a los niños de menos de 12 años –incluidos los neonatos– la práctica de la eutanasia –ya regulada por la ley de abril de 2002– a fin de «liberar del dolor a los niños» y «ayudarlos a morir».

Estos crímenes horribles no son ya tan sólo contrarios a la fe cristiana sino a la misma sabiduría humana y jurídica de todos los tiempos, al mismo sentido común y recta razón; y estamos viendo tan sólo algunas de las consecuencias que el odio a Dios y la perversión moral pueden traer al hombre y a la sociedad ya que sin Dios, todo es posible. Por este motivo, únicamente fiados de los medios sobrenaturales podemos tener la esperanza del reinado de paz y caridad que Cristo vendrá a traer y con toda la Iglesia repetimos anhelantes: ¡Venga a nos el tu reino!

Publicación del «Compendio de la doctrina social de la Iglesia»

EL documento, redactado por el Consejo Pontificio de la Justicia y la Paz e introducido por una carta del cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado de la Santa Sede, presenta de manera sistemática los principios de la doctrina social de la Iglesia en diferentes campos de la vida pública.

El «Compendio» está dividido en tres partes, que exponen los fundamentos, los contenidos y las perspectivas pastorales de la enseñanza social católica con vistas a afrontar adecuadamente las cuestiones sociales de nuestro tiempo y quiere ser un instrumento útil para el discernimiento moral y pastoral de los complejos acontecimientos que caracterizan a nuestros días.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Crepúsculo cristiano en Iraq

ESTABA en el guión, así que nadie puede mostrarse sorprendido. Tras el fin de un régimen tiránico pero laico y su sustitución por el caos y el tribalismo, son las comunidades cristianas las primeras en sufrir el acoso de los islamistas en Iraq. La serie de atentados terroristas que se han sucedido en aquel país recientemente contra iglesias (las últimas la de San José en el barrio Nafaq Al-Shurta, la ortodoxa de Santiago y San Jorge en Doura; la iglesia de rito latino en Karrada y la iglesia siro-antioquena de Santo Tomás en Mansour) confirman los peores augurios. A estas noticias se une el dato de que son ya cuatro mil las familias cristianas que han huido de Bagdad. De este modo se avanza en un signo, trágico y misterioso, que también se constata en Tierra Santa: la progresiva desaparición de las comunidades cristianas en el Oriente que primero recibió la predicación apostólica.

Los cristianos en Iraq proceden del grupo asirio-caldeo, el tercer grupo étnico presente hoy en el país, junto a los árabes y los kurdos, descendiente de los asirios que vivían en Mesopotamia hace 6700 años. Su capital era Nínive. A pesar de las conquistas árabes del siglo VII y de la definitiva asimilación por parte del Imperio otomano en el siglo XVI, los asirio-caldeos mantuvieron su cultura, su lengua semítica (el arameo) y la religión cristiana, sufriendo por este motivo persecuciones y masacres. Según la tradición, recibieron el cristianismo en el siglo primero, predicado por el apóstol santo Tomás y sus discípulos. En la actualidad, los cristianos en Iraq son en total unos 800.000, es decir el 3 % de la población, divididos entre católicos y ortodoxos. Los caldeos, unidos a Roma, son el 70 % de los cristianos.

El horror de Beslan

UNA vez más el golpe es atroz, supera lo imaginable y nos sume en el desconcierto. Las imágenes de los niños de una escuela en Beslan, pequeña ciudad de Osetia del Norte, secuestrados por islamistas chechenos y el desenlace del

asalto, con la muerte de centenares de ellos estremeció al mundo entero. A medida que íbamos conociendo más detalles, como esas atroces imágenes de los niños sedientos y concentrados en el polideportivo, amedrentados por sus captores, la desolación se iba apoderando de nosotros. Sí, estamos en el tiempo del nihilismo; la postmodernidad, tan ligera, tan libre de dogmatismos, no era más que la puerta a un horror que se ha convertido en cotidiano.

Es el mismo nihilismo islamista de los atentados del 11-S, llegado al Cáucaso de la mano del comunismo, especialmente de la mano de Stalin, y que germinaría con el impulso que los wahabitas de origen árabe introdujeron en la década de los noventa. El sueño de construir un gran califato asiático que englobe a las exrepúblicas soviéticas de mayoría musulmana es el nuevo Moloch sediento de sangre humana que gravita amenazante sobre uno de los territorios más castigados del planeta. No se trata aquí de discutir los distintos pasos que ha dado el Kremlin para afrontar una situación de muy difícil gestión; seguramente los abusos cometidos por tropas hambrientas y la confianza depositada en mafiosos locales no son la mejor política para salir del atolladero en el que Rusia se ha metido. Pero a pesar de todo, lo ocurrido en Beslan supera el ámbito de lo discutible y nos lanza, violentamente, a otra dimensión: el mal, destructivo, actúa cada vez con mayor fuerza en un mundo que niega su existencia. No se trata de una cuestión más de política internacional, sino de una acción real demoníaca que, a pesar de todo y por difícil de reconocer que sea, Jesucristo ya ha derrotado con su muerte y resurrección.

Turquía y Europa

PROSIGUE el debate en torno a la incorporación de Turquía a la Unión Europea (sí, de esa Turquía contra la que se forjó Europa, desde Viena hasta Lepanto). El moderado Erdogan, que ha afirmado que envía a sus hijas a estudiar a los Estados Unidos para que de este modo puedan portar velo, aún prohibido en los establecimientos educa-

tivos turcos, está consiguiendo cautivar a muchos políticos europeos «moderados», deslumbrados ante una «democracia cristiana» a la islámica. Lo cierto es que la ignorancia, deliberadamente buscada, acerca de la naturaleza del islam les produce visiones alucinadas que nada tienen que ver con la realidad. Bastaría escuchar a los propios turcos anti-islamistas para comprender como, de nuevo, el mundo idílico en el que quieren vivir nuestros dirigentes políticos sólo existe en sus mentes. No estaría de más, pues, algunas dosis de realismo.

Por ejemplo, recordar que con casi noventa millones de habitantes, Turquía se convertiría en el estado con mayor representación en el Parlamento europeo. Un estado cuya enseña nacional recoge el sueño del sultán Osmán I, su visión de una inmensa luna creciente que le habría mostrado el camino divino de conquista del mundo entero. O que la Unión Europea pasaría a tener frontera con Siria, Iraq o Irán, todos ellos vecinos, por supuesto, respetuosos y agradabilísimos. Es cierto, albergan grupos terroristas islámicos y no cejan en su empeño de desa-

rollar armamento nuclear, pero ¿no es acaso Europa modelo de tolerancia?

Los europeos, que además de abstencionistas no acaban de convencerse de los beneficios de abrir la puerta a millones de musulmanes, se resisten a aceptar la adhesión de Turquía, especialmente los pueblos de Centroeuropa, a quienes no hace falta explicarles los beneficios de la influencia turca. Poco importa: los *eurócratas*, concededores, esta vez sí, de la realidad, se guardarán muy mucho de someter esta adhesión a un referéndum. Y eso a pesar de que incluso el mismísimo Valéry Giscard d'Estaing ha afirmado que la entrada de Turquía significaría «el final de la Unión Europea». No le falta razón; su Europa laicista y masónica dejará paso a una nueva entidad política con una fuerte componente de islamización. Una Europa que albergará en su seno a los herederos de aquellos que impulsaron el genocidio de los armenios y que aún se disputan la isla de Chipre con los griegos. Pero estamos deslizándonos por la pendiente del razonamiento, algo prohibido en la Europa del talante y del diálogo.

«La Europa unida no puede edificarse sobre una simple idea abstracta»

Nadie, a nuestro parecer, podrá rehusar suscribir esta afirmación: que una Europa unida, para mantenerse en equilibrio y para allanar las diferencias que surjan en su propio continente –sin hablar ahora de su influencia en la seguridad de la paz mundial–, tiene necesidad de apoyarse en una base moral inquebrantable. ¿Dónde encontrar esta base? Dejemos que responda la historia: hubo un tiempo en que Europa formaba, en su unidad, un todo compacto, y, en medio de todas las debilidades, a pesar de todos los desalientos humanos, esta unidad constituía para ella una fuerza; merced a esta unión, Europa realizaba grandes cosas. Ahora bien, el alma de esta unidad era la religión, que impregnaba a fondo toda la sociedad de fe cristiana.

Desde el momento en que la cultura se separó de la religión, la unidad quedó disgregada. A lo largo de la historia, prosiguiendo como una mancha de aceite su avance lento, pero continuo, la irreligión ha penetrado más y más en la vida pública, y es a ella a la que ante todo debe este continente sus desgarraduras, su malestar y su inquietud.

Si, pues, Europa quiere salir de esta situación, ¿no es necesario que restablezca en sí misma el vínculo entre religión y civilización?

Por esta causa, Nos hemos sentido gran placer al leer, al frente de las resoluciones de la Comisión cultural, redactadas a continuación del Congreso de La Haya en el pasado mayo [1948], la mención de «la común herencia de la civilización cristiana». Sin embargo, esto no será bastante si no se llega hasta el reconocimiento expreso de los derechos de Dios y de su ley, fondo sólido sobre el cual están anclados los derechos del hombre. ¿Cómo podrían estos derechos, aislados de la religión, asegurar la unidad, el orden y la paz?

Además, ¿se olvidarán de enumerar entre los derechos del hombre los derechos de la familia, los de los padres y los de los hijos? La Europa unida no puede edificarse sobre una simple idea abstracta.

Pío XII: Discurso a los delegados asistentes al II Congreso Internacional para el establecimiento de la Unión Federal Europea, 11 de noviembre de 1948

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

EVAN McIAN

G.K. CHESTERTON

La taberna errante

Trad. Tomás González Cobos y José Elías Rodríguez
Madrid, Ediciones Acuarela, 2004

LEYENDO a Chesterton a uno le entran pruritos diversos. Es un autor cuya obra está impregnada de vastas policromías. Sin embargo, una de las constantes en su obra, como en toda la buena literatura, es la figura del loco. Cervantes y Alonso Quijano, Shakespeare y el inestable Hamlet, Chesterton y todos y cada uno de los héroes de sus novelas.

Toda la novela moderna ha tenido cierta debilidad por los locos, y en Chesterton parece estar la respuesta a este asombro. Como él mismo nos dice en su *Ortodoxia*, el loco no es aquel que no utiliza la razón sino aquel que sólo utiliza la razón. Esto nos da la pista para deshacer lo que podríamos llamar «el enigma del loco».

Nos cuenta Foucault en su *Historia de la locura* que los locos, antes de la revolucionaria invención de los psiquiátricos, eran condenados a galeras, y que se pasaban la vida remando, Rhin arriba y abajo, con el fin de que el cansancio físico aquietase sus ímpetus insanos y demás posesiones. Pero esos no eran los locos modernos o, por lo menos, los que nos interesan aquí.

El loco moderno es un loco idiosincrásico, un loco excesivo, porque es un hombre que ha llevado el racionalismo de su cultura hasta las últimas consecuencias. Me explico. El racionalismo es la tendencia filosófica dominante en nuestro tiempo y afirma que la consistencia de la realidad la da la razón. Es decir, que la realidad es construida desde la razón humana. El loco sería, pues, aquel que se creyese esto a pie juntillas, aquel que no aceptase ningún dato de la realidad que su construcción mental no hubiese previamente medido o calculado.

Así, Don Quijote, pese a basar todo su microcosmos en una intoxicación producto de los libros de caballería, es un loco moderno y racionalista, porque no atiende a lo que sucede ante sus narices sino que lo transforma en lo que su prejuicio enfermizo y caballeresco le dice sobre ella. Por eso los molinos de viento le parecen gigantes. Igual que Hamlet, un hombre hipersensible, poseído por la falta de certeza, por esa duda cartesiana que convierte la corte danesa en un escenario de la tragedia.

Sin embargo, el barroco pasó y la cultura racio-

nalista siguió cumpliendo etapas hasta que a Chesterton le llegó la hora de escribir sus novelas. A principios del siglo xx la situación es diferente: el racionalismo, que durante siglos había encontrado su oposición en el sentido común de los hombres, se ha hecho ya estructura y empieza a ejercer de pensamiento dominante. Es decir, el mundo parece estar repleto de «locos» racionalistas y modernos que perciben una realidad virtual o, como diría Baudrillard, viven ya no en la realidad sino en el mero «simulacro».

En esta nueva situación el loco ya no es el racionalista, sino que el racionalismo es la normalidad, y así el hombre con sentido común pasa a ser demonizado por la cultura dominante como si fuese el nuevo «loco». De él nos habla Chesterton, de un hombre perseguido por llamar al pan pan y al vino vino, de un hombre que es libre porque las circunstancias mediáticas, propagandísticas y espectaculares en las que vive no le definen, porque es capaz de rasgar el velo de la apariencia y acceder a aquel mundo real que en nuestros días se nos antoja mítico.

Ese es el secreto de los locos de Chesterton. Por eso cuando leemos todas sus novelas, incluyendo ésta que nos ocupa, sentimos una especie de renacer espiritual y libertario. Los dos protagonistas de *La taberna errante* son la encarnación del sentido común irlandés e inglés. El capitán Dalroy y Pump, el tabernero, se enfrentan, con el único aliado del sentido común superviviente en el pueblo llano británico —que no es poco— al puritanismo democrático y a la nueva civilización sincrética dominante que Chesterton llama «Crislam». Las aventuras se suceden demostrando, entre carcajadas, la falsedad de la propuesta política racionalista, que intenta construir la realidad desde una tendencia enfermiza a legislarlo todo y dejando de lado la humanidad del hombre.

En el Evangelio Europa aprendió aquello de que «la verdad os hará libres». Y Chesterton lo sabía. Hoy, sin embargo, afirmar que existe la verdad nos convierte en «locos» porque sólo existen opiniones, y, por tanto, son pocos los que experimentan una libertad que no sea de plástico o de consumo. Por eso Chesterton no deja de ser un personaje pintoresco que estaría de acuerdo con el estribillo de aquella canción de «Ketama» que sonaba en los «cuarenta principales» no hace tanto tiempo y que decía: «No estamos locos, que sabemos lo que queremos...» Lo que seguía —lástima— era ya racionalista.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Un experto comboniano que vive en Egipto expone lo que son para él las raíces del terrorismo islamista

El religioso comboniano Giuseppe Scattolin explica, en unas declaraciones hechas a la agencia FIDES, lo que para él son las «raíces del terrorismo islamista». El misionero recuerda que «Occidente habla mucho de sociología, pero no ha entendido la complejidad del islam», y asegura que «los movimientos terroristas islámicos nacen de una tradición que arraigó desde el siglo primero de la historia islámica». En esta línea, sostiene que, «en el islam, siempre ha habido un enfrentamiento entre el poder constituido y una serie de movimientos que lo deniegan en nombre de la propia religión, sobre la idea de que quien está en el poder no representa al verdadero islam». Como conclusión, Giuseppe Scattolin cuestiona algunas visiones que se dan actualmente: «No es exacto afirmar que el extremismo islámico haya nacido contra Occidente. Los wahabíes de la actual Arabia Saudita, por ejemplo, nacieron en el siglo XVIII para contrarrestar el poder de los otomanos, es decir, antes del inicio del colonialismo en Oriente Medio».

El comboniano italiano tiene claro por qué los terroristas de hoy atacan a países árabes. «Son los amigos de Occidente, y lo hacen en nombre de la necesidad de retornar a una presunta pureza del islam primitivo», explica. En cuanto a algunos datos concretos, el religioso afirma que «los mayores ideólogos son egipcios, entre los que destaca Sayyid Qytb, de los denominados Hermanos Musulmanos, condenado a muerte en 1966 por el entonces presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, y que es ahora una fuente de referencia para la red de Al Qaeda».

Pero la afirmación más clara del padre Scattolin sobre el origen del actual terrorismo islámico es ésta: «Nace de la alianza entre los fundamentalistas egipcios y los wahabíes saudíes. Es una alianza que Occidente ha ignorado de manera culpable e incluso estimuló en los tiempos de la invasión soviética de Afganistán. Se utilizaron a islamistas como combatientes para expulsar a las tropas de la URSS, ignorando completamente que los fundamentalistas tienen su propia agenda antioccidental».

En cuanto al futuro, Scattolin asegura que «aumentarán las reivindicaciones de musulmanes inmigrantes en Europa para que se adopten leyes que incluyan la sharia o ley islámica. Es como si los hinduistas quisieran imponer el sistema de castas en Europa».

El fiasco del Fórum 2004

CRISTIANDAD no ha dedicado especial atención al «Fórum Universal de las Culturas 2004», lo cual nos honra. Ahora, una vez clausurado, cuando se ha puesto en evidencia toda su vacua pomposidad, dedicamos parte de nuestro espacio a un balance sobre el mismo. Le cedemos, pues, la palabra a alguien poco sospechoso de apriorismos contrarios al Fórum, Xavier Sala Martín, quien en un artículo publicado en La Vanguardia titulado «Otra montaña de palabras vacías» escribía lo que sigue:

«“Barcelona, humillada por el fracaso de un costoso festival”. Éste era el titular de *The Independent*, el único periódico anglosajón que he podido encontrar que se dignó mencionar la clausura del Fórum Universal de les Cultures 2004. El artículo se pregunta si “ese fracaso es la señal de que Barcelona, otrora paraíso de vanguardia arquitectónica

y de creadores inagotables, ha caído en la mediocridad”. “Lejos quedan los días gloriosos cuando Barcelona organizó unos Juegos Olímpicos que todavía se consideran modélicos. Ahora es una ciudad que parece haber perdido el contacto con sus ciudadanos”.

»Al no formar parte del gran complot que el alcalde Joan Clos creyó ver cuando se publicaron las primeras críticas, la reacción de la prensa extranjera demuestra claramente que el Fòrum ha sido un fracaso. Y no lo digo por las palabras negativas de *The Independent...*, a pesar de que frases como “Barcelona, humillada” y “caída en la mediocridad” sugieren que no todas las maragalladas son genialidades y que algunas pueden acabar perjudicando la imagen de nuestro país. Lo digo porque la abrumadora mayoría de los medios simplemente lo han ignorado. Y ese silencio confirma que el Fòrum ha tenido escasísimo impacto internacional y que el calificativo de *universal* no era más que una pretenciosa quimera (a no ser que por universal se entienda lo que hay entre L’Hospitalet y Badalona).

»Los errores del Fòrum han sido muchos, pero yo destacaría algunos. En primer lugar, algunos políticos de izquierdas todavía no han entendido que es positivo que se renueven las áreas más deprimidas de las ciudades y que es deseable que se construyan infraestructuras que den beneficios económicos. Recuperar toda la zona del Besòs es bueno para Barcelona, tener espacios para celebrar macroconvenciones contribuye a recuperar el liderazgo europeo en el sector de ferias y congresos, y aumentar la oferta hotelera hace que los precios de las habitaciones sean más asequibles. Todo eso es bueno, y así lo deberían haber vendido. ¡Pero no! En lugar de decir la verdad, montaron una costosísima farrándula pseudointelectual como ta-

padera. Y, como tapadera, la cosa no podía funcionar.

»Segundo, los diálogos no consiguieron ser la anunciada fuente de nuevas ideas para arreglar el mundo, porque, en su mayoría, más que diálogos parecieron monólogos. Demasiado a menudo se echaron en falta contrapuntos políticos e intelectuales. [...] La verdad es que muchos de los diálogos fueron una aburrida y previsible repetición de lo que Jordi Barbeta califica de “papanatismo progre”.

»Lo que me lleva al último punto. El compromiso final es una mezcla de obviedades (“formamos parte de un planeta común”), buenas intenciones (“proponemos un progreso que afronte el hambre y la pobreza”) y recopilación de recetas concebidas en Porto Alegre (“proponemos una mejor distribución de la renta a partir del gravamen sobre los grandes beneficios de las corporaciones”). ¡Qué bonito! Lástima que las últimas palabras —“Instamos a que las conclusiones y propuestas surgidas del Fòrum de Barcelona 2004 se integren en las agendas de trabajo de ONG, gobiernos e instituciones de las Naciones Unidas”—son demasiado secas y poco reveladoras. Si me hubieran preguntado a mí (cosa que, evidentemente, no hicieron), yo hubiera añadido la frase: “Una vez hecha esta hermosa declaración de buenos propósitos, procederemos a quemar un castillo de fuegos artificiales valorado en cientos de miles de euros. Con eso no sólo acabaremos de corroborar que el Fòrum ha sido uno de los ejercicios de dilapidación de caudales públicos más escandalosos que ha visto el hombre, sino que, además, será la prueba definitiva de que nuestros compromisos sobre la

reducción de las desigualdades y la erradicación de la miseria en el mundo no son más que otra montaña de palabras vacías”».

La obsesión nihilista de Zapatero

No lo afirma ningún medio español, la cuestión es tan evidente que alcanza la prensa internacional. Giuseppe Savagnone, en las páginas de Avvenire, titulaba de este modo este certero análisis:

«Han bastado seis meses al gobierno de Zapatero para confirmar la tendencia de cierta izquierda a disimular el olvido de sus propios objetivos originarios con un anticlericalismo más o menos agresivo, justificado en aras de la “defensa de la laicidad del Estado”. En pocos meses un verdadero juego pirotecnico de propuestas e iniciativas ha puesto en cuestión prácticamente todos los puntos de la legislación española que tienen que ver directamente con la visión antropológica de la persona y de la sociedad: liberalización del aborto, marginación de la enseñanza de la religión en las escuelas, reducción de los plazos para obtener el aborto, equiparación de las uniones homosexuales al matrimonio, con incluso el derecho a la adopción, legalización de la eutanasia, experimentación con embriones. Al mismo tiempo se cuestionan las fórmulas de financiación de la Iglesia.

»“Queremos limitar el carácter oficial de cualquier religión”, ha declarado solemnemente el subsecretario de Justicia. Y, en efecto, aquí está el meollo de la cuestión. Ya ocurrió en Italia con la polémica

sobre los crucifijos en las aulas: aún no se combate la religión como tal, sino que se le niega su carácter público. Una fe privada, confinada dentro de los muros de los templos y que no pretenda tener ningún peso sobre el paisaje jurídico, social y cultural del país: esto es lo que desean los socialistas españoles en nombre de la laicidad del Estado y del pluralismo. Lástima que una fe que no inspira la cultura no exista. Y a quien no lo haya entendido todavía, todas las aberraciones que ocurren hoy en el mundo deberían abrirles los ojos. Las religiones siguen contando porque el hombre está estructuralmente abierto a lo sagrado. El problema no es pues hibernar la religión con la esperanza de esterilizarla, sino contribuir de forma justa a su valorización social.

»El problema, bien entendido, no se refiere principalmente a la Iglesia, sino a la sociedad civil y al Estado español. Un pueblo tiene su propia identidad en una cultura sedimentada a lo largo de siglos intensos e importantes. El intento de hacer asépticas las instituciones lleva directamente al suicidio de esta identidad. Una laicidad así entendida sería simplemente la elaboración de la nada. En vez de una sinfonía de voces, estaríamos ante un terrible silencio en el que existe el riesgo de imponer la adoración colectiva de la nueva religión del consumismo. En una sociedad así mutilada en su propia alma, hay que temer que todo acabe con el triunfo de las banderas de otras culturas y religiones que no se avergüenzan de sí mismas y que, aun siendo más pobres materialmente, tienen la fuerza de quien se siente investido de un mandato claro».

Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con ocasión del Jubileo, esto no se debe a las «raíces cristianas», sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces.

Juan Pablo II: Carta apostólica
Mane nobiscum Domine, núm. 26

Santa Teresita y sus «vocaciones»

Las insuperables páginas que constituyen los manuscritos de santa Teresita alcanzan su culminación cuando la santa carmelita de Lisieux confiesa sentir íntimamente todas las vocaciones posibles de un cristiano. CRISTIANDAD se ocupó desde el primer mes de octubre de su fundación, en el año 1944, de destacar como meditación fructuosa este relato y su culminación en la vocación del amor. Santa Teresita resolvió en un todo lo que en san Pablo era excluyente. En realidad, el Apóstol ya decía que los dones más perfectos no son nada

Sería un absurdo decir que santa Teresita es desconocida, pues, desde el momento de su muerte, se extendió la fama de su santidad y se la veneró en todas partes, tributándosele a porfía homenajes y alabanzas, que lejos de desvanecerse y disminuir, fueron adquiriendo con el tiempo mayor extensión y brillantez.

Cuando a los 28 años de su muerte, como gloriosa excepción a la regla establecida, fue canonizada, este hecho constituyó un triunfo sin igual, que respondía no sólo a los deseos del mundo cristiano, reiteradamente manifestados, sino a la voz de Dios, que con toda su fuerza y magnificencia se dejó oír por medio de la Iglesia, rivalizando todos en la exaltación de su virtud y santidad.

Pío XI, al proclamar sus virtudes heroicas y milagros probados, la llama «la niña querida de su corazón» y le otorga la rosa de oro, ofrenda que S.S. reservaba sólo a las reinas; príncipes de la Iglesia la llaman también «la delicia del género humano», y multitudes de todas las partes del mundo, no menos enamoradas de la maravillosa armonía de su belleza que de sus virtudes, se sienten irresistiblemente atraídas hacia esa santita encantadora, que prometió mandar una lluvia de rosas y pasar su cielo haciendo bien a la tierra.

Mas este halo luminoso de belleza y virtud que la rodea y la hace tan familiar por la suavidad de sus maneras y su sonrisa angelical, al propio tiempo que favorece la expansión espontánea de su culto de un modo extraordinario, hasta el punto de que puede decirse que no hay iglesia ni capilla donde no se la venere, hace que con mucha mejor intención que acierto, se interpreten sus doctrinas de un modo dul-

sin el amor y ella supo interpretar que el amor encierra todas las vocaciones, e incluso todos los tiempos y todos los lugares. Es así que santa Teresita se ofrece como víctima del Amor Misericordioso. Es muy adecuado releer hoy aquel artículo de nuestra querida María Asunción López Suñé (CRISTIANDAD, 1 de octubre de 1944), que tanto habrá gozado en el cielo con la noticia del patrocinio de santa Teresita sobre el Apostolado de la Oración, a la que nuestra redactora había dedicado su vida.

zón, y hasta tal vez con una simplicidad morbosa, desviándose del camino por ella señalado y ocultando y reduciendo la profundidad y amplitud de su espíritu, con lo cual queda desfigurada la sublime pequeñez de la infancia espiritual, por una minimización de la santidad que se caracteriza únicamente por lo pequeño.

Por lo tanto, si no puede decirse que es desconocida, sin vacilar puede afirmarse que a pesar de lo extendido que está su culto, no son pocas las personas que tienen de ella un conocimiento menos exacto.

En realidad, no es santa Teresita la santita de los diminutivos empalagosos; su lluvia de rosas, no se limita a unos pétalos perfumados aunque descendidos milagrosamente; ni tampoco el bien que desde el cielo ha de hacer a la tierra se reduce a pequeños favores individuales aunque éstos sean muy apreciables y numerosos; es por el contrario LA GRAN SANTA, cuya vocación universal y eterna, absorbe en sus múltiples manifestaciones, al par que lo grande y lo heroico, los pequeños actos de la vida ordinaria elevándolos al nivel de lo sobrenatural. No se empequeñece ni al descender a las cosas pequeñas, ni con su caminito de infancia espiritual, sino que estas mismas cosas pequeñas se hacen grandes por el valor que adquieren al influjo de su doctrina celestial, la cual no es más que un eco del Corazón divino y la manifestación de su misericordia.

Sin embargo, para evitar estas desviaciones morbosas que ocultan la sublimidad mostrando sólo la pequeñez, no es preciso hacer conjeturas. Ella misma se nos muestra tal cual es al explicar sus vocaciones, que implican precisamente el conocimiento

íntimo de la modalidad especial de su santidad. En el capítulo XI de su vida nos dice así:

«Ser vuestra esposa, ¡oh, Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión con Vos madre de las almas, debía bastarme. Pero yo siento en mí otras vocaciones: la de guerrero, la de sacerdote, la de apóstol, la de doctor, la de mártir... Querría llevar a cabo las obras más heroicas, me siento con el valor de un cruzado y querría morir en el campo de batalla en defensa de la Iglesia.

»La vocación del sacerdote, ¡con qué amor, oh Jesús, os tendría en mis manos cuando mi voz os hiciera bajar desde el cielo!, ¡con qué amor os daría a las almas! Pero, ¡ay!, con todo el deseo de ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís, y siento la vocación de imitarle rechazando la sublime dignidad del sacerdocio. ¿Cómo realizar estos contrastes?

»Querría iluminar las almas como los Profetas y los Doctores. Recorrer el mundo, anunciar vuestro nombre y plantar en tierra de infieles vuestra cruz gloriosa, ¡oh, mi Bienamado! Pero una sola misión no me basta; querría anunciar el Evangelio en todas las partes del mundo, llegando hasta las islas más remotas. Querría ser misionero, no solamente algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.

»¡Oh!, más que nada querría ser mártir. ¡El martirio!: he aquí el sueño de mi juventud; este sueño ha crecido conmigo en la pequeña celda del Carmen. Pero esto es otra locura, pues no deseo una sola clase de suplicio; para satisfacerme las necesito todas...

»Querría morir desollada como san Bartolomé; como san Juan ser sumergida en aceite hirviendo; deseo como san Ignacio de Antioquía, ser triturada por los dientes de las fieras para convertirme en pan digno de Dios; con santa Inés y santa Cecilia querría ofrecer mi cuello a la espada del verdugo, y con Juana de Arco, ardiendo en una hoguera murmurar el nombre de Jesús.

»Si dirijo el pensamiento a los tormentos inauditos que padecerán los cristianos en tiempos del Anticristo, siento que mi corazón se estremece, y querría que fueran reservados para mí todos estos tormentos. ¡Abrid, Jesús mío, vuestro Libro de la Vida donde se consignan las acciones de todos los santos; todas querría haberlas cumplido por Vos!»

La lectura de estos párrafos evidencia la aberración que se comete al considerar en ella sólo lo diminutivo y lo pequeño, porque demuestran, como remontándose con el vuelo majestuoso del águila, otea el infinito y descubre el magnífico panorama de todas las heroicidades y abnegaciones precisas

para hacer triunfar la causa de Dios y se lanza valientemente a la liza indicando el camino a las multitudes innumerables que han de seguirla.

Tanto como la excelencia y sublimidad de estas vocaciones la caracteriza la certeza de que todas se cumplirán. Es de todo punto necesario que esta certeza estuviera sostenida por la fuerza sobrenatural de Dios, pues era tal, que no la hizo vacilar ni el presentimiento de su temprana muerte, ni el ver que siendo carmelita desde los quince años y cumpliendo con todo rigor y exactitud las reglas y encerramientos prescritos por nuestra santa Teresa, se anulaba para la acción exterior que al parecer requería aquel cumplimiento.

Tampoco logró hacerla dudar el leer en las epístolas de san Pablo, que el cuerpo de la Iglesia se compone de diferentes miembros y que el ojo no puede ser la mano. Entonces en vez de considerar temerarias estas aspiraciones de serlo todo, afirmarse más la certeza de que lo será, y el contraste entre la quietud de su vida y los hechos que esto requiere, sólo hace que acuda a sus labios la misma discreta pregunta que la Virgen de Nazaret dirigió al ángel, cuando lo que le anunciaba tampoco podía verificarse por ninguna vía natural. ¿Cómo puede ser esto? Y como no tenía un ángel que con su contestación le resolviera la duda, buscó la respuesta atendiendo la voz de Dios por medio de las Sagradas Escrituras, y en las mismas epístolas de san Pablo encontró la solución.

Veamos también cómo nos lo dice ella misma.

«El Apóstol explica cómo los dones más perfectos no son nada sin el amor y que la caridad es el camino más excelente para encontrar a Dios.

»Considerando el cuerpo místico de la Santa Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo, o mejor quería reconocerme en todos. La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos los órganos no había de faltarle, comprendí que sólo el amor movía los miembros y que si este amor se apagara, ni los apóstoles anunciarían el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abraza todos los tiempos y todos los lugares porque es eterno».

Y «la paz fue su patrimonio, la paz plácida y serena del navegante que divisa el faro que le indica el puerto». Es decir; tuvo la seguridad de serlo todo y de cómo había de hacer para serlo.

Entonces sintió que el amor la consumía e hizo su solemne ofrenda como víctima del Amor Misericordioso, sumiéndola durante unos días en una especie de arrobamiento que la abstraía de todo cuan-

to la rodeaba. A partir de este momento, al influjo de los ímpetus de este amor, su alma fue adquiriendo la plena madurez mientras su cuerpo minado por la enfermedad caminaba con lenta rapidez hacia la muerte.

La voz de Dios le daba la íntima persuasión de que su ofrenda era aceptada y la guiaba «sin ruido de palabras y sin confusión de pareceres»; todos sus pensamientos y acciones convergían hacia el cumplimiento de su misión expresada en sus múltiples vocaciones y una seguridad siempre creciente le hacía decir: «En el cielo, Dios cumplirá todas mis voluntades porque jamás he cumplido mi voluntad en la tierra».

En cierta ocasión, no reparando en que su espíritu de sacrificio era lo único que físicamente la sostenía en pie, pues la fiebre la abrasaba, una de las hermanas le pidió su ayuda para un pesado trabajo de pintura. La Santa no pudo reprimir un ligero movimiento que denotaba cuanto le dolía esta incompreensión, y a continuación transcribimos una carta en la que ella comenta el hecho con su hermana y superiora, la Madre Inés de Jesús, que había sido testigo del mismo, y que además de demostrarnos que poseía la humildad que conoce los secretos que Dios vela cuidadosamente a los soberbios, este Dios que jamás se deja vencer en generosidad, no sólo le aseguraba que se cumplirían todos sus deseos, sino que cada vez le daba más prendas de esta seguridad.

«Madre bien amada: De pronto vuestra hija ha derramado dulces lágrimas; lágrimas de arrepentimiento y más aún de confianza y de amor. Hoy os he mostrado mi virtud, los tesoros de mi paciencia. ¡Yo que tan bien enseñé a las demás! Estoy contenta de que hayáis visto mi imperfección. No me habéis reñido... pero lo merecía; de todos modos; vuestra dulzura me ha dicho mucho más que las palabras severas; sois para mí la imagen de la divina misericordia.

»Sí, mi hermana S..., por el contrario, es ordinariamente la imagen de la severidad del buen Dios. Pues bien, acabo de encontrarla. En lugar de pasar fríamente junto a mí, me ha abrazado y me ha dicho: «Pobre hermanita, me habéis dado lástima, dejad el trabajo que os he pedido, he hecho mal»

»Mas yo sentía en mi corazón la contricción perfecta, me he sorprendido al no recibir ningún reproche. Estoy convencida de que en el fondo me encuentra imperfecta; me ha hablado así porque cree que mi muerte está próxima. Mas no importa, no he oído más que las palabras dulces y tiernas que salían de su boca; entonces la he encontrado muy buena, y yo me encuentro muy mala.

»Al entrar en mi celda me preguntaba qué es lo que Jesús pensaba de mí. De pronto he recordado lo

que dijo un día a la mujer adúltera: «¿nadie te ha condenado?», y yo con los ojos llenos de lágrimas le he respondido:

«Nadie, Señor..., ni mi madrecita imagen de vuestra ternura, ni mi hermana S... imagen de vuestra justicia; y yo siento que puedo irme en paz, pues Vos tampoco me condenaréis».

»¡Oh! Madre amadísima, os lo aseguro, estoy más contenta de haber sido imperfecta que si, sostenida por la gracia, hubiera sido un modelo de paciencia. Esto me ha hecho tanto bien porque he visto como Jesús es siempre tan dulce, tan tierno para mí, por ello hay que morir de reconocimiento y de amor.

»Madrecita, comprenderéis que esta tarde, el vaso de la misericordia divina se ha derramado para vuestra hija. ¡Oh! desde este momento, lo reconozco, sí, todas mis esperanzas serán cumplidas... sí, el Señor hará por mí maravillas que sobrepasarán infinitamente a mis inmensos deseos».

Por lo tanto, desde este día ya sabe que no solamente se cumplirán todos sus deseos, sino que «Dios hará maravillas por ella que los sobrepasarán».

Y como si un raudal de luz divina proyectándose sobre el futuro señalase vagamente los acontecimientos pero sin definirlos ni perfilarlos, ante sus ojos, próximos a cerrarse para las cosas de este mundo, van concretándose algunos conceptos; ya son los santos del cielo que la animan y le dicen: «Mientras eres prisionera no puedes cumplir tu misión; más tarde, después de tu muerte, este será el tiempo de tus conquistas». Ya ella misma asegura que no tendrá descanso hasta que el ángel diga «no hay tiempo», porque entonces el número de los elegidos estará completo; ya escribe a sus hermanos misioneros que «En el cielo no estará inactiva; trabajará por la Iglesia y por las almas y deseará lo mismo que ha deseado en la tierra AMAR A DIOS y HACERLE AMAR», o ya, al preguntarle sus novicias si las mirará desde el cielo, les contesta resuelta sin hacer ninguna reserva: «¡No, bajaré!».

Esta confianza culmina en la hora de la muerte, cuando ya siente próxima la voz del Esposo que le dice: «Ven, amada mía, paloma mía, ya el arrullo de la tórtola se ha oído, ya ha pasado el invierno...» exclama «no muero, entro en la vida» y «siento que mi misión va a empezar».

No es posible al hombre penetrar los arcanos de la Providencia; los designios de Dios como sus juicios son inescrutables, mas confiamos que en esta vida de santa Teresita y en esta misión que empezaba al morir, se realizarán las maravillas de sus «vocaciones» de un modo que sobrepasará a sus inmensos deseos. Pero no podemos hacer otra cosa que creer y preguntarnos ¿cómo podrá ser esto?, ¿cuándo será?

CONTRAPORTADA

El laicismo como programa de gobierno

... hemos vivido una especie de violento terremoto cultural, en lo que afecta a las costumbres del pueblo español. Empezamos a oír hablar de un Estado laico. No sabíamos exactamente qué habría detrás de esta expresión. Simultáneamente y poco después empezaron a aparecer casi en forma de catarata desbordante noticias de proyectos, propuestas que salían de algunos miembros o de la misma mesa del gobierno de la nación: leyes progresistas, laicas y modernas, se las llamó. La primera decisión fue un decreto paralizando la Ley de Calidad de la Enseñanza, que más tarde se concretó en la presentación de las bases de reforma educativa en la que se anuncia una nueva asignatura obligatoria: *Educación para la ciudadanía* y una asignatura laica sobre el *hecho religioso* que equivaldría a una religión del Estado o «formación del espíritu nacional», como algunos la han llamado.

Ha sido presentada ya por el ministerio de Justicia la Ley del matrimonio entre personas del mismo sexo. Se ha anunciado una ley sobre el divorcio *expres*, sobre la eutanasia, sobre la ampliación del aborto, sobre la investigación con embriones. De una forma más directa, en relación a la Iglesia, se ha hablado de la posible revisión de los acuerdos Iglesia/ Estado, o incluso de una *hoja de ruta* para llegar a la anulación de los llamados *privilegios* de la Iglesia. No es fácil encontrar en la historia, en tan corto espacio de tiempo, tantos cambios que afectan a la moralidad que un pueblo ha mantenido como inapreciable valor durante siglos, a no ser en momentos de golpes de Estado.

¿Cómo vamos a reaccionar? ¿Qué vamos a hacer los testigos del Resucitado en esta situación en la que un gobierno promueve un estado laicista, agresivo contra la manera de pensar de una gran parte del pueblo español? ¿Qué hará el 82 % de padres de alumnos de primaria que el año pasado solicitaron la enseñanza de Religión católica para sus hijos? ¿Qué harán las familias cristianas, profesores, periodistas, los movimientos apostólicos familiares, las gentes de buen sentido ante el anuncio de una ley que declara «matrimonio» con todos sus derechos a la unión de dos personas del mismo sexo? ¿O ante una ley que prevé la disolución del matrimonio sin los procesos más elementales? ¿Qué podrán hacer los médicos y científicos católicos, los juristas y abogados, los políticos creyentes de diversos partidos, con la conciencia clara sobre el derecho a la vida ante la previsible Ley sobre la eutanasia o ampliación del aborto? ¿Qué harán los católicos ante un acoso tan directo a los sentimientos de un pueblo que hunde sus raíces en la persona de Jesucristo ...?

El Papa hace un año escribía una carta a Europa recordándonos que a pesar de todas las dificultades que la fe experimenta en el presente, Cristo Resucitado está siempre con nosotros: «*No temas, soy yo, el primero y el último, el que vive; estuve muerto pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos*» (Ap 1, 17-18).

Mons. Jesús García Burillo, obispo de Ávila
18 de octubre de 2004